

Los libros

Para una crítica política de la cultura

La psicología
mito científico

Nº 29 / Marzo-Abril/1973 / \$ 5.—

**ELECCIONES:
cuando la televisión
es escenario**

**Acuerdo y elecciones:
el discurso del GAN**

**Roberto Arlt: una crítica
de la economía literaria**

**Capítulo inédito de
EL JUGUETE RABIOSO**

**Argentina: Desarrollo
capitalista dependiente
y discurso ideológico**

Consejo de dirección:
Carlos Altamirano
Ricardo Piglia
Beatriz Sarlo Sabajanes

Producción:
Marcelo Díaz

Diseño Gráfico:
Isabel Carballo

Corresponsales:
Chile: Santiago Funes y Mabel Piccini; México: Eligio Calderón Rodríguez; Venezuela: Adriano González, León y Vilma Vargas; Paraguay: Adolfo Ferreiro; Uruguay: Jorge Ruffinelli.

LOS LIBROS. Redacción y Publicidad: Tucumán 1427, 2º P. of. 207 - Tel. 45-9640.

Representante para la venta en el exterior: Ediciones Argentinas. Exportadora a Importadora S.R.L.: Bolivia: Los Amigos del Libro S.A.; Colombia: Ediciones Cruz del Sur; Chile: Editorial Universitaria S.A.; México: Antonio Navarrete (Librería Hamburg); Paraguay: Selecciones S.A.C.; Perú: Distribuidora Garcilaso S.A.; Uruguay: América Latina; Venezuela: Síntesis 2000. Registro de la propiedad intelectual N° 1.024.846. Hecho el depósito que marca la ley. IMPRESO EN LA ARGENTINA.

Composición Tipográfica en trío y armado original TYCOM - Montevideo 581 1º F - Bs.As.

Impreso en INTEGRAL S.R.L. Arregui 5049 - T.E. 566-7337

Tarifa de suscripción

| | |
|------------|----------|
| Argentina | |
| 12 números | \$ 60,00 |
| América | |
| 12 números | US\$ 10 |
| Vía aérea | US\$ 15 |
| Europa | |
| 12 números | US\$ 12 |
| Vía aérea | US\$ 18 |

Cheques y giros a la orden de LOS LIBROS, Tucumán 1427, 2º piso, of. 207, Buenos Aires, Argentina.

| | |
|----------------|-------------------------------|
| CORREO CENTRAL | Tarifa reducida Cond. N° 9002 |
| | Franqueo pagado Conc. N° 3839 |

los libros

Para una crítica política de la cultura

Sumario

- 3** Editorial
- 4** Elecciones: cuando la televisión es escenario por Beatriz Sarlo Sabajanes
- 12** Acuerdo y elecciones: el discurso del GAN por Carlos Altamirano
- 15** Argentina: desarrollo capitalista dependiente y discurso ideológico por Horacio Ciafardini
- 20** El poeta parroquial, inédito de Roberto Arlt
- 22** Roberto Arlt: una crítica de la economía literaria por Ricardo Piglia
- 28** Servidumbre de la psicología por Carlos L. Sastre
- 32** ... Y el azar hizo al hombre por Carlos Bertoldo
- 35** Pretencioso como Juan Moreira por Oscar Steimberg
- 37** Libros distribuidos en Buenos Aires desde noviembre de 1972 a febrero de 1973

Editorial

Mediante la consigna "Para una crítica política de la cultura", *Los Libros* intentó definir tanto un campo de operación como un modo de intervenir en él. Es decir, intentó definir su colocación. Resulta evidente que esa fórmula sólo podía trazar una elemental línea de demarcación y reclamar un discurso crítico cuya misma naturaleza exigía una permanente reelaboración de sus temas y de sus instrumentos. En efecto, ni la noción de cultura es unívoca —ni menos aún inocente— desde el punto de vista ideológico, ni las realidades que tiene como referentes constituyen datos simples y transparentes. Precisamente, la conciencia de esa complejidad —aún cuando no su conocimiento, porque esto sigue siendo una tarea— estaba en la raíz del proyecto que sintetizaba aquella consigna.

Para entendernos: ¿de qué complejidad se trata? De la que organiza un campo que no es homogéneo, sino contradictorio; que no se configura como mera colección de objetos o significaciones culturales, sino como una estructura donde éstos ocupan posiciones, circulan y se consumen según ciertas reglas sociales, de clase; en fin, objetos y significaciones que no se producen en un espacio espiritual sino en el marco material que constituyen las instituciones y los aparatos de la cultura, sus instrumentos de producción y de difusión, en una sociedad dividida en clases. Ahora bien, esa organización de la cultura y las contradicciones que allí tienen lugar representan, a su modo, esto es según una lógica propia, la organización y las contradicciones de la sociedad global. Campo complejo, campo de fuerzas: un campo de la lucha de clases. Todo esto, sin embargo, es sólo un punto de partida, un principio, dado que una de las tareas de toda intervención crítica en el plano de la cultura reside, justamente, en tratar de determinar las relaciones que mantienen las fuerzas y tendencias que aparecen a este nivel con la lucha de clases en la sociedad nacional. Habría que agregar: sabiendo que lo que en ese lugar se juega, en última instancia, es también el problema del poder.

Pero, si hemos indicado muy rápidamente el campo de actividad de la revista y el tipo de complejidad que lo caracteriza, debemos añadir que ese campo, en virtud del desarrollo de los conflictos de clase en la sociedad nacional y de la dinámica específica de su propia estructura, sólo existe bajo la forma de coyunturas determinadas, que articulan de un cierto modo sus componentes. Coyunturas que privilegian ciertos temas, cierta problemática que, por otra parte, no siempre son más evidentes. En su configuración juega un papel decisivo la ley del desarrollo desigual de las contradicciones que gobiernan un todo social. De modo que, en este espacio, la cuestión también se piensa en términos de relaciones de fuerza y las tareas también se resuelven en términos

de principales y secundarias. Pensamos que es en este nivel, el de la coyuntura, donde la revista debe actuar, teniendo presente no sólo la unidad del campo de la cultura y sus contradicciones con la sociedad en su conjunto, sino también las particularidades de esta forma de la lucha de clases. Sólo así podrán evitarse los riesgos del reduccionismo y los de una crítica abstracta que atienda sólo al carácter más o menos verdadero (o científico) de tal o cual enunciado ideológico. Digamos más: sólo articulando estos dos aspectos es posible ejercer una crítica política de la cultura que se proponga como revolucionaria.

Deslindado un campo y un nivel de intervención crítica, se hace necesario definir el objeto fundamental de análisis: los discursos ideológicos. Se trataría de descifrar —elaborando al mismo tiempo los métodos y los instrumentos de análisis— las "formaciones" ideológicas como dimensión específica de la política de las clases sociales y cuya eficacia, si bien subordinada, es real.

Así, en este número, el discurso electoral —el de la televisión y el del GAN— es analizado en términos de su funcionalidad respecto de los intereses de las clases dominantes, en un momento en que se buscó erigir a las elecciones en parte de un operativo político dirigido a frenar la movilización popular. Paralelamente, el análisis de determinadas proposiciones del pensamiento económico burgués, local y latinoamericano, tiende a poner de manifiesto la verdadera naturaleza de cierto antiimperialismo e indicar el terreno en que debe plantearse la cuestión de la dependencia y su ruptura en estos países.

La producción literaria ocupa en el interior de la actual coyuntura ideológico-cultural un lugar particular, cuya especificidad es preciso marcar para poder iniciar un análisis de los códigos de clase que deciden su propiedad y hacen posible su uso. En este caso, en los textos de Arlt se hace visible una cierta crítica a la lectura liberal que trata de borrar las determinaciones de clase para ilusionarse con el universal de una cultura cuya propiedad detenta. Los artículos de Sastre y de Bertoldo, al analizar las relaciones entre ciencia e ideología abren otro camino de trabajo que mantienen también presente los distintos niveles donde actúa una crítica política de la cultura.

Puntos de partida para un trabajo crítico, en esta dirección pensamos que debe desarrollarse la actividad de la revista: así la preparación de los próximos números sobre la cuestión de la salud mental o de la educación en la Argentina intentan contribuir a elaborar esa crítica.

Los Libros

ELECCIONES: cuando la televisión es escenario

Beatriz Sarlo Sabajanes

CeDInCI

Bien se sabe cuáles son los intereses de clase en juego dentro de las elecciones; las masas obreras y populares ya eligieron sus formas de expresión y de lucha política, desde 1969 hasta hoy y en toda la Argentina. Se conocen además algunos de los entretelones de su sofisticada preparación, las marchas y contra-marchas que hasta un momento definirían el proceso electoral como de desarrollo incierto, la pugna entre los sectores burgueses para, a la vez que se aceptan las reglas de un juego condicionante y proscriptivo, atraer los votos del electorado ante las formas recortadas y limitadas de un proceso que malamente podría llamarse democrático.

La campaña electoral tuvo que desarrollarse entonces dentro de los marcos fijados de un juego cuya denuncia es problemática en tanto se participe en él positivamente. Pero además debe pensar las leyes de su propio discurso, una forma

específica, para los partidos burgueses, del discurso político.

El discurso electoral retornó después de casi ocho años a la escena política argentina. Más bien cabe preguntarse a qué escena, es decir cuál es el ámbito privilegiado de desarrollo y presencia de ese discurso, y cuál es el espacio donde los partidos burgueses juegan una apuesta de mayor eficacia, dado que el objetivo de base es la apelación y el convencimiento.

No es casual que fuera la televisión uno de los espacios privilegiados. En primer lugar porque la televisión aparece como un medio predominantemente persuasivo, cuyo poder reside en su 'cualidad' de asegurar un grado más o menos alto de convicción, de influencia. En segundo lugar, por su incidencia fundamental en las zonas urbanas, donde se concentra gran parte del electorado, al garantizar la recepción por parte de sectores que se agrupan alrededor de dos

millones y medio de aparatos. En tercer lugar, por el espacio que la televisión consagra a los centros de intereses detectados o atribuibles a su audiencia: el rating determina un auge del programa político en los meses anteriores a las elecciones.

Finalmente porque la televisión ha dado muestras creíbles de su posibilidad de lograr cierta comunicación específica que opera más por presencia y redundancia de los mensajes que por apelación a su racionalidad política; y eso es precisamente lo que necesitan los partidos burgueses, en momentos en que se hace cada vez más difícil dar razón política e ideológica de lo que atraviesa la Argentina de punta a punta.

Elegí entonces, no por casualidad, en el análisis del discurso electoral, su manifestación en la televisión. Entiéndase: me referiré en lo fundamental a la estructura del discurso político que propone el medio y no, o sólo muy tangencialmente, al

discurso electoral de los partidos políticos que usan el medio. Es decir, que se ha elegido una articulación 'formal' del discurso electoral, pero afirmando que esta articulación es portadora de la 'forma' de una ideología de los medios. El discurso político del medio no sólo no es neutro sino que objetivamente es aliado y confirmador del proceso electoral. La televisión opera, para decirlo de algún modo, de gran aparato de seducción puesto al servicio de los partidos burgueses, puesto, sin dudas, a través de su presencia, al servicio del sistema al que responde y confirma, según reglas y convenciones que le son propias pero que en esta coyuntura los partidos metidos en el proceso no vacilan en adoptar, mimetizando elementos importantes de sus campañas.

El discurso de los periodistas

Los periodistas de televisión, si bien reflejan un nivel de alta perplejidad ante el proceso electoral (véase al respecto el reportaje realizado a Conti y Maidana por Canal TV del 19 de febrero, donde la pobreza de la reflexión y la información política señalan, entre otros rasgos, una adhesión casi escandalosa a las imágenes que de los diferentes partidos y candidatos ofrecen los canales: "De Alende lo que más admiro es su capacidad de audaz y activo luchador contra los monopolios", Balbín, "es un hombre de conducta"), construyen un discurso acerca de la política que por su 'elementalidad' sería casi inadmisiblemente en el periodismo escrito.

Es habitual por otra parte que recurran a su 'familiaridad' con el medio para manejar y salir del paso en la situación de reportaje, partiendo además de una hipótesis que los canales se encargan de subrayar dentro de una política no sólo de captación sino de *asimilación* de audiencia: "Los periodistas invitados, cómo siempre, van a formular las preguntas del público, las preguntas que se hace la calle. Es decir la inquietud que todos ustedes tienen a tres semanas del 11 de marzo" (*Desafío*, 19 de febrero). De alguna manera se funciona así en una especie de perspectiva vicaria en la cual se atribuye al periodismo televisivo la mediación interpretativa de las inquietudes políticas de su audiencia. Pero eso no es todo. A través de esta perspectiva interpretativa se manipula el nivel de discusión y preocupación sobre lo

político, atribuyendo a una supuesta 'ideología del público' los recortes y las organizaciones del discurso electoral que practican los canales. Al respecto, dos variables del modelo: por un lado, algunos periodistas especializados del panel de *Derecho a réplica*, sintetizados sin embargo en un significante superior representado por Blackie; y, por el otro, la inclusión de un par de periodistas de filiación política explícita —el caso de Raventos y Salas en los programas donde se entrevistó a Rucci y Tosco y a Sueldo y Ondarts (*Las dos campañas*).

En síntesis se puede detectar tres tipos de actitudes recurrentes frente al discurso político, que son tributarias de la función que el medio se asigna y cumple en la actual coyuntura electoral: la función ordenadora, altamente indicativa e imperativa respecto de las direcciones posibles de interpretación; la función definida por la 'objetividad-ingenuidad', que tiene en su base la hipótesis sobre la integración del periodismo y la audiencia; y la función atribuida a unos pocos panelistas políticos, la agresividad. Me referiré a las dos primeras luego. En cuanto a esta última, ejercida por Gleizer ante Abelardo Ramos, por Urtizberea frente a Coral, por Raventos frente a Frondizi y por Raventos y Salas frente a Sueldo y Ondarts (para mencionar sólo aquellos programas que conforman el texto televisivo de este trabajo), conservada dentro de los límites anteriores a lo que podrá ser el debate político, se convierte como en el caso de Salas —particularmente incisivo frente a Sueldo— en una especie de gran acuerdo nacional de la afirmación y la confirmación, ejemplificado en sus conclusiones del programa en el cual participaron Rucci y Tosco: "Realmente nos hemos portado [en el transcurso del programa] como adultos. Creo que es una prueba de adultez y democracia [...]. Creo que adultez en serio en lo que se refiere a que tenemos capacidad de dialogar [...]. Pienso que ésta es una prueba evidente de que la Argentina tiene madurez, y que esa madurez puede hacer de una vez por todas que gobernemos nosotros mismos".

Es preciso señalar algunos rasgos de esta conclusión: en principio, la exhibición de un programa de televisión como prueba de una afirmación política que pretende ser general: si en la (ficción de la) televisión se

puede dialogar, por qué no se va a poder dialogar fuera de ella. El medio así considerado por sus propios sujetos ejercerá una especie de transferencia mágica hacia la realidad: la coexistencia que es una manía, una trampa, un 'milagro' del medio es afirmada en términos amplios que lo trascienden. Se ocultan así las contradicciones de lo político concreto, en el caso en que el medio elija no reflejarlas, o cuando las refleja emplea todo su poder para diluirlas con conclusiones del tipo de la enunciada. Por otra parte, esta afirmación se sustenta sobre otra igualmente metafórica, por no denominarla falsa: los adultos pueden dialogar —así sean las contradicciones tan profundas como las de sectores representados por Rucci y Tosco—, los que se niegan al diálogo no son adultos, es decir no asumen con buen sentido la posibilidad de una coexistencia que el milagro del medio está demostrando. Se refuerza así una imagen de la democracia burguesa, en el aspecto en que propone la 'libre' discusión, la verbalización —parlamentaria, periodística— de los conflictos sociales y políticos, y en consecuencia —esto es lo más importante del mensaje— su resolución por esta vía.

Elegí ejemplificar tal ideología del medio a través de la afirmación de Salas, para señalar cómo, aún aquellos periodistas que en apariencia mantienen una mayor distancia política respecto de la ideología del medio, son tributarios de sus convenciones formales, convenciones a su vez portadoras de la política y el discurso electoral propuestos por los canales de televisión.

La pregunta siguiente apunta a subrayar una cuestión de fondo sobre los contenidos recurrentes en los programas periodísticos analizados. Lo primero que se registra es un desplazamiento hacia el olvido o la ausencia de planteos programáticos. En este sentido, se acentúa una tendencia que aparece también en los jingles y cortos publicitarios de las campañas: la política burguesa rehúsa explicarse —habría que mencionar como excepción las características publicitarias de la campaña de la UCR, que hacen centro en la plataforma partidaria, como una forma de reforzar la imagen de "conducta y seriedad" elegida para promocionar a sus candidatos—; es más, se reemplaza el discurso de la "razón política", en el caso electoral de lo programático

desplazándolo o hacia los medios periodísticos escritos, o hacia un espacio donde se lo sustituye, por lo general, por fórmulas adheridas a las diferentes metáforas que los slogans publicitarios intentan imponer. El periodismo televisivo se hace cómplice de esta maniobra por varios motivos: uno de ellos, el explicitado por Urziberea ante una de las revistas especializadas: lo programático no interesa. Otro nace de la situación política concreta de estas elecciones: la pregunta fundamental no apunta a después de las elecciones sino a un antes. Es decir que el eje periodístico y político más importante giró cerca del centro de interés de los partidos políticos burgueses: se llega o no se llega, se proscribire o no se proscribire, habrá golpe antes o después. Tales son los condicionamientos impuestos a las elecciones por la dictadura y tal es su registro en el periodismo de los medios.

A ello debe agregarse que la política burguesa, en condiciones electorales, es cada vez más impotente para explicar los fenómenos que ella misma genera —y mucho menos los que generan las luchas populares— salvo a través de fórmulas elaboradas para tapar el debate sobre cuestiones de fondo.

Por otra parte, no es casual la repetición de ciertas presencias políticas en los medios. Desde el 30 de enero al 20 de febrero, visitaron los canales de televisión en orden de presencia decreciente: la UCR, Manrique, Alende y Sueldo, Chamizo, Ramos, Solano Lima, Martínez, Corral. Lo tematizado en el curso de las elecciones permite concluir que los medios, bajo la apariencia de libertad sin condiciones —falsa porque las condiciones residen en las propias posibilidades de producción de su discurso político y en la ideología confirmadora que vamos analizando—, privilegian ciertos ejes de discusión que pasan por el interrogante generado por la precaria situación electoral creada por la dictadura: interrupción del proceso, segunda vuelta, "incitación a la violencia". A ello súmese las cuestiones vinculadas con el margen de posibilidades del futuro gobierno: cinco puntos del Acta Constitucional, rol e incidencia de López Aufranc, amnistía, pacto peronismo-radicalismo para cogobernar. Si tales son los ejes de la discusión política procesados por el discurso periodístico de los medios, hay

además uno que lo atraviesa ostensiblemente: el campo, tipo y momento de las relaciones de los candidatos con el peronismo.

Discurso ideológico-político de la televisión que atraviesa e inunda la materialidad porosa del discurso de sus periodistas. Pareciera legítimo afirmar que el medio detenta el máximo poder: neutralizar, reconvertir los mensajes que pone en circulación, en función de su táctica de confirmación de las leyes concertadas para un momento del juego electoral.

Secuencias: Frente a frente y Desafío

El análisis del discurso político de la televisión supone desarticular los mecanismos que integran la estructura de los programas. Quiero decir que la naturaleza del discurso pasa *también* por el artificio según el cual éste se construye: así, el discurso toma su continuidad de la presencia de sujetos y predicados —visuales y orales—, y a su vez los sujetos se organizan según ciertos roles a ellos atribuidos dentro de la mecánica del programa, por intermedio de ciertos predicados cuya función es caracterizarlos. La resultante es el programa considerado como secuencia, que admite, entre otros componentes, el desorden (la apariencia del desorden), la disidencia (o su simulacro), pero, sobre todo, impone la necesidad del orden, representado en el caso que se analiza enseguida por un sujeto privilegiado, el periodista. Con todo, se tiende a lograr un resultado al cual no es ajeno la creación o aceptación de tensiones que conserven el 'interés de la audiencia'. Al respecto no puede olvidarse que, como se ha dicho, la política pasó a ser en los meses de enero y febrero la protagonista explícita, la vedette en la programación de los canales.

Es de imaginar que, por esta razón, las diversas programaciones intentaron adscribirse a una fisonomía peculiar a través de la cual se vehiculara el discurso político. Si bien se han mantenido algunos esquemas ya conocidos (*El público quiere saber, Derecho a réplica*) surgieron otros (*Frente a frente y Desafío*) que propusieron alteraciones a partir del reportaje en sentido amplio.

Frente a frente (canal 13, martes, 20.30 horas) es el programa armado sin duda con mayor sincretismo: periodistas invitados, periodistas del

canal, público, bajo la forma de bandadas políticas, la pregunta de la calle. Cada uno de estos elementos, con variaciones, fue incorporado en el transcurso de 1972 a algunos de los programas políticos. *Frente a frente* los emplea todos: es decir, compone una escenografía —desde el punto de vista de la incidencia del medio sobre su audiencia, fundamental— donde cada cosa encuentra su lugar y su orden a través —y ésta sería la innovación del programa— de un mediador principal: el periodista Sergio Villarruel. ¿Qué pasa entonces? Mejor dicho, ¿por dónde pasa lo que pasa? La política procede por un pasaje legitimizador a través de un sujeto ordenador que funciona, según los casos, como censor, interpretador (conclusiones finales), figura autoritaria, protagonista —Villarruel es, sin duda, el que sabe.

La secuencia del programa se desarrolla, más o menos, de la siguiente manera: abre Villarruel con la presentación del panel (Manrique, Martínez Raymonda el 30 de enero; Ramos, Alberti, Spillimbergo el 20 de febrero, por ejemplo) y la fijación de las reglas del juego interno, dentro de las cuales hay dos elementos que en ambas oportunidades se encargó de subrayar: la presencia de jóvenes activistas de los partidos políticos de la burguesía y el pedido de benevolencia (sic) a los integrantes del panel puesto que esos jóvenes "pueden formular preguntas e incluso si ustedes lo permiten polemizar". Desde el vamos es necesario subrayar un elemento: los jóvenes inquietos ("que quieren actualizarse y conocer la realidad del país") que al parecer son para la televisión una especie de garantía por el hecho de ser jóvenes (pero tácitamente por pertenecer a partidos embretados en el juego electoral) y por el hecho de que, *pose a ser jóvenes*, reconocen y de alguna manera dan la sombra de una credibilidad al intercambio de preguntas y respuestas; funcionan también como elemento decisivo para crear las tensiones de la dimensión dentro de las explícitas reglas del juego (una de las cuales demostró ser que deben batirse en retirada si el conductor piensa que se han trasgredido las normas del debate, por él fijadas en nombre del "respeto"). Los periodistas del canal y los invitados juegan un papel de refuerzo de la 'objetividad' frente a los entrevistados. Su rol no excluye dosis cuidadosas de agresivi-

dad y, en oportunidades, filiaciones políticas concretas. La pregunta de la calle cumple dos funciones: la ficción de la participación por parte de la audiencia, que aumenta, por un mecanismo típico del medio, el poder de convicción, el realismo del programa; y una función instrumental respecto de la posibilidad de desorden: se interrumpe una situación no controlada o imprevista pasando la emisión a exteriores.

El programa comienza con algunas preguntas de los periodistas. El panel de entrevistados, a diferencia de otros programas, no es urgido en sus respuestas (Abelardo Ramos se explotó dentro de sus mejores tradiciones de orador de derecha y oportunista de izquierda). Luego comienzan a intervenir las bandadas (cada pregunta es precedida por el nombre y filiación política de quien la formula). Entonces se descubre la función de sujeto, cuyos predicados giran alrededor del "orden", que desempeña Villarruel. Como cualquiera pudo comprobar, los pedidos de silencio son reiterados y autoritarios, las variaciones político ideológicas de las bandadas interrumpidas con algo de brutalidad: "¡Haga la pregunta!". Por momentos este rol ordenador tapa emergentes de dimensiones que al medio no le conviene ventilar: cuando Martínez Paiva declara que, pese y por su apoyo a Manrique, "sigue siendo mujer de Eva Perón", se oye una voz, desde la bandada peronista: "Los Montoneros también" y "Usa la camiseta de Perón". Villarruel, micrófono en mano, grita silencio. Siguen los comentarios desde la bandada y entonces Villarruel dirime, es decir interpreta: "la señora Martínez Paiva ha sido seguidora de la política de la señora Eva Perón; ella no traiciona nada, sigue a Manrique porque cree que es el hombre que está acrecentándose a aquella política y no podemos seguir con ustedes convertidos en acusadores y la señora en acusada". Continúa el desorden y los pedidos de silencio; por fin Villarruel corta con la pregunta de la calle.

El rol de interpretador de Villarruel se refuerza en el desenlace del programa que consiste en un resumen que realiza de lo afirmado en su transcurso por los integrantes del panel político; curiosamente, en el programa cuyo protagonista más importante fue Manrique, las conclusiones finales de Villarruel no registran ninguna de las afirmaciones del

candidato acerca de lo invertido en la campaña publicitaria de su Alianza. Esas afirmaciones, que despertaron la hilaridad e indignación de algunas bandadas, fueron del tipo: "No le podría decir exactamente [cuánto gastó en publicidad] porque yo no llevo las cuentas, *no tengo mentalidad económica*. . . [los recursos provienen] "de una cantidad de gente amiga" y de "los créditos para los partidos políticos". Aparte de contribuir junto con Manrique a desplazar lo económico al espacio de lo imponderable, de lo inefable, de lo natural (la buena voluntad de los amigos), Villarruel contribuye a diluir lo que no pudo dejar de preguntar un periodista y la bandada. En última instancia hay ciertas reglas de juego precisas a las cuales no podemos imaginar ajenos los intereses de los canales de televisión.

Como organización del discurso político, el programa de Villarruel propone un periodista que se reserva la función del orden (respaldado sin duda por un oficio casi descolante dentro de la indignación periodística del medio).

Mónica Mihanovich y Jorge Marchetti se reservan, casi podrá decirse, el predicado opuesto: juegan más bien a la candidez y el buen sentido en su programa *Desafío* (canal 11, martes, 22 horas, dirección de Héctor Ricardo García). La escenografía es también de intención disímil a la del programa de Villarruel: sólo dos, tres o cuatro periodistas cuyas caras y nombres se desconocen; detrás de los invitados, una pantalla gigantesca sobre la que se van proyectando diapositivas (en el programa al que asistió Balbín se reiteraron las escenas que connotaban imagen familiar; en el de Manrique, las de sus viajes por el interior como ministro de Bienestar Social). Las preguntas, especialmente las de Mónica Mihanovich, suscitan respuestas sinómicadas y parten de un registro de lo afirmado por los candidatos o sus partidos para devolverlo como problema, es decir consolidar a cada uno de los participantes. Pongo un ejemplo: (a Balbín) "Hay mucha gente, la gente en la calle, todo el mundo habla con una palabra que se utiliza muy a menudo que es la palabra monopolios. . . La mayoría de la gente no sabe lo que quiere decir exactamente monopolios porque cada uno le da la interpretación que quiere. Ustedes en su plataforma dicen que van a eliminar las interfe-

rencias monopolíticas nacionales y extranjeras en el proceso económico argentino de modo de lograr un normal desenvolvimiento de la economía. ¿Qué quiere decir eso?" Acá se parte del supuesto de que la mejor función, la deseable, de un programa político es su actitud pedagógica. En verdad se trata de una pedagogía de la confirmación, que no vacila ante afirmaciones como las que se le oyeron proferir a Jorge Marchetti frente a Manrique: "Le admiro la valentía de reconocer todo su actuación. Reconozco la valentía que usted en este programa está asumiendo". No se imagine que la entonación abra posibilidad de doble lectura.

Desafío gira sobre la improvisación periodística y por tanto es uno de los programas que más amablemente se moldea ante sus entrevistados. En el caso de Manrique —cuya técnica ante las cámaras de televisión es la mejor de entre la de los candidatos— más de medio programa subcumbió ante el encantamiento del relato: conflictos de Manrique con Villada Achával, una jamesbondsca secuencia sobre el informe entregado a un Lonardi casi agonizante y agobiado por intrigas de palacio, donde se explicaba la 'verdadera' situación de la revolución liberadora, otra secuencia en la cual Manrique, en la explanada de la casa de gobierno, detiene solo a los infantes de marina que en los recambios de noviembre del 55 avanzaban hacia allí.

Poco televisivo en su manejo de cámaras y en su ritmo, *Desafío* es, no obstante, quizás el más televisivo de los programas políticos por el código de convenciones que maneja: protagonismo de los candidatos como 'figuras' del programa, utilización de una pareja periodística que despierta adhesiones sentimentales de la audiencia, desvanecimiento de las figuras periodísticas 'secundarias', ausencia de objetivos polémicos en los conductores, que además parecieran afirmar en cada una de sus intervenciones que el periodismo político no es un oficio con ciertos requerimientos mínimos. Se concluye que se habla de política porque éste es el momento. La estructura del programa no depende, como en el caso de *Frente a frente*, de un sujeto ordenador sino de sujetos miméticos, fuertemente cargados, por su pasado televisivo, de las simpatías de la audiencia.

La estructura de ambos programas sirve, aproximativamente, de modelo

de variables que bien puede albergar al resto de los programas políticos. Se establecen, en general, dos ejes formales sobre los cuales gira la organización del discurso, en función de dos oposiciones: sujetos ordenadores/ sujetos cándidos (ignorantes); predicados autoritarios/predicados confirmatorios. De ello puede concluirse, por un lado, que la intencionalidad política del mensaje reside en la relación simpática con los sujetos (autoridad periodística o personal que se les adjudique): es decir, política mediática no sólo por los mecanismos de censura del medio, no sólo por la presencia única de los partidos burgueses —la televisión es sin duda el medio más censurado y autocensurado, ya que algún semanario, como *Panorama*, llegó a registrar posiciones de la izquierda revolucionaria—, sino también por el filtro difuso de las 'figuras' de mediana o alta popularidad entre la audiencia, por tanto figuras que presentan ante ella la apariencia de confiables y su palabra, por lo tanto, es creíble.

El procesamiento de lo político que se da a través de esta red de recaudos —de censuras— degrada lo político que no puede aspirar a un nivel de autonomía respecto de otros productos del discurso televisivo (tal degradación culmina, para poner un ejemplo, en la pregunta de Lucho Avilés, antes especialista en chismes del ambiente artístico, a Vicente Solano Lima, sobre si fue realmente *muy, muy amigo* de Gloria Guzmán).

La televisión y cómo hablar de ella

La televisión no se mira a sí misma, raramente es su propio objeto, en realidad no puede establecer un distanciamiento crítico equivalente de lo que produce: establecerlo equivaldría a cuestionarse. Practica así un inmediatismo pragmático, cargado sin duda de ideología. Pocas veces tematizada a sí misma, la televisión aguantará mal que se la tematice ante cámaras. Lo que sucedió en *El pueblo quiere saber* (canal 11, 14 de febrero) más que una excepción a la no autoreflexibilidad del medio configura un ejemplo de cómo responde cuando su propio discurso es cuestionado.

La situación llevó a un entredicho entre el conductor del programa, Urtizbera, y Coral. Urtizbera, que esa noche practicaba la variante periodística de la agresividad, calificó

al Partido Socialista de los Trabajadores de grupúsculo (dócil a la ideología burguesa del 'peso' político). Coral respondió: "Usted es un instrumento de la prensa oficial para la cual nosotros somos grupúsculo y el señor Selsner un gran partido que le publican la foto todos los días, cuando se hizo cómplice con la Hora del Pueblo y después del FREJULI". Al margen de las disensiones de Coral (que nos conducirían a pensar cuáles son hoy sus aliados en su partido) con otras fracciones del socialismo, su afirmación sobre la prensa oficial creó un espacio que mal podía resolverse dentro del contexto 'aséptico' que pretende para sí la televisión. De esta forma la reacción de Urtizbera se vio obligada a optar por la salida de la ingenuidad (cinismo); selecciono tramos representativos de sus respuestas: "Eso no se lo voy a admitir porque no tiene ningún fundamento y lo que usted quiere es descalificarme ante la audiencia" [es decir: el problema es personal y no respecto de la libertad en el medio, sino en nombre de su eficacia evaluada falsamente en los términos de objetividad]. . . "Usted sabe que aquí el programa lo mantiene canal 11" [es decir: canal 11 está fuera de los mecanismos de la prensa del sistema; Urtizbera, nuevamente ingenuo, homologa oficial y del gobierno o lanusista: en ese pasaje, la calificación de oficial es interpretada al margen del control que las clases dominantes ejercen sobre un medio altamente censurado y autocensurado]. . . "Yo, en doce años de televisión, nunca he engañado al público y el público me sigue por eso" [otro concepto naturalizado: Urtizbera apunta a la afirmación de un vacío ideológico, que podría ser el espacio de sus programas: si hay voluntad de no engaño, no existe engaño, sería la conclusión] y finalmente "Yo digo lo que se me antoja igual que lo está diciendo usted. ¿Usted no está diciendo lo que se le antoja acá? ¿Yo le limité la audición a usted?" [es decir: el medio no crea su propia lectura, ni produce un contexto dentro del cual existen pautas de decodificación estrictas; el medio es neutro, afirma Urtizbera, sus convenciones, si es que no son explícitas, no existen]. Vale la pena agregar que las afirmaciones de Urtizbera no encontraron sino respuestas igualmente convencionales en Coral.

Insisto: en la argumentación de Urtizbera se hacen patentes las re-

glas del discurso político televisivo; pretende definirse por sus inclusiones y no por sus exclusiones (todos los partidos que entren en el juego electoral pero ninguno de los que no entren); esta definición por las presencias, que silencia sistemáticamente las exclusiones, apunta a una afirmación rotunda de las censuras y autocensuras que se practican sobre el discurso político: se elige un discurso y dentro de sus límites se afirma un aparente todo vale; sólo en función de una captación no sólo cuantitativa sino ideológica de la audiencia; a la audiencia se le propone que *esa es toda* la verdad de los discursos electorales, es decir que se propone el diseño de una definida carta política. Es de esta forma cómo el medio se piensa a sí mismo, a través de las expresiones de sus protagonistas; la enfurecida reacción de Urtizbera indica además otra conclusión: no se puede discutir el discurso dentro del discurso de la televisión.

Sino para trivializarlo. Prueba de ello el metadiscurso de las revistas especializadas que en sus últimos números se han sumado al auge de lo político. Un artículo sobre *Frente a frente*, en *TV Guía* del 7 de febrero, otro sobre el vedetismo de los periodistas de televisión, en *Canal TV* del 3 de febrero y, en el mismo número, una nota titulada "A Urtizbera lo crítico yo. Firmado: Raúl Urtizbera". Registro algunas de las afirmaciones atribuidas a Urtizbera en la nota mencionada: "Cada vez que se hace una pregunta sobre el futuro y los planes de los políticos el programa cae. Interesan más las acusaciones que las explicaciones. Ocurre que cuando se dice, por ejemplo, usted en tal año firmó un papel donde acusaba a fulano de tal cosa, la gente espera la respuesta con interés. Si se le pregunta cuáles van a ser sus planes económicos, se pierde el atractivo del programa". Bien. Las afirmaciones se refieren a una supuesta eficacia del medio, aparentemente al margen de su eficacia política. Urtizbera sigue siendo ingenuo porque no es así: la eficacia (definida en términos de atracción y de captación de audiencia) no puede ser escindida en las intenciones del medio de la eficacia (definida en términos de creación de un cierto espacio ideológico, donde se neutraliza lo político en nombre de un interés por la anécdota, es decir donde se sitúa lo político como discurso cuyo interés no reside en el

objeto sino en las variables del relato de *aspectos*; es más, donde el discurso político, incluso el de los partidos burgueses no es preferible a un discurso pseudopolítico sobre los incidentes que momentos de la política burguesa produjeron. Por otra parte, la afirmación no hace sino mimetizarse con el tipo de discurso general que organiza el medio, su imposibilidad de conceptualizar y la atribución de esa imposibilidad a factores hipotéticamente vinculados a 'preferencias' de una audiencia que se modela sobre las propuestas que el medio mismo le arroja. Apunta Urtizbera, asimismo, a una verosimilitud del medio, basada fundamentalmente en ciar tipo de relato con enigma (qué pasará, por qué usted firmó, qué ocultaba, los secretos, la revelación) que la televisión utiliza además como gancho publicitario para la promoción de los programas políticos. En consecuencia, se establece el círculo que otorga validez a todo el discurso televisivo: una asignación de preferencias a la audiencia que legitima las intenciones del sistema de los medios de comunicación. Acentuar la convencionalidad, la trivialidad anecdótica del discurso político que estructura la televisión equivale más que a un registro de audiencia a la expresión de un programa sin posible riesgo.

De una nota sobre Blackie (*Canal TV*, 19 de febrero) vale la pena extraer un comentario referido no está bien claro si sólo al panel de periodistas que integra su programa *Derecho a réplica*, o incluye eventualmente a los entrevistados. El comentario es el siguiente: "Lo más gracioso es que a veces discuten y discuten y después se van todos juntos a tomar un café". La clave es fácil, tras la absoluta trivialidad si no estupidez de lo registrado. Lo que en verdad se quiere decir es que las disensiones, si en realidad llegan a producirse, son aparentes; tras la discusión puede llegar el café del olvido, verdadera imagen de la coexistencia entre quienes obviamente no tienen dimensiones de fondo. Si en una misma noche se pueden juntar en entrevistas sucesivas a Sammartino, Balbín, Cámpora, Ramos, Sandler, Manrique y Frontzidi (jueves 15 de febrero), bien puede afirmarse que la suma de desinteligencias entre sectores burgueses no son sino la apariencia fraccionada de una ulterior o subterránea armonía. Además puede

leerse bajo todo ello que las disensiones, si bien existen, no pueden impedir un frente común ante enemigos comunes. El café de Blackie es el bregaje de un necesario acuerdo. Los medios, adheridos a la supervivencia del sistema, así lo desean.

El jingle o de cómo convencer

La técnica publicitaria de los medios (cortos y jingles) ha invadido la campaña electoral de los partidos burgueses. Parece casi obvio afirmar que candidatos y partidos se promocionan como los productos que la televisión impone a través de sofisticadas, impactantes, etc. técnicas publicitarias y que, de esta forma, el producto político a imponer se irracionaliza, fijándose alrededor de dos o tres cualidades o atributos.

Más allá de ello, lo que merece ser señalado es que las campañas desplazan su centro de la verbalización programática a la imposición de imagen, jugando en este proyecto con todos los recursos de la televisión. En principio, apostando a la persistencia en el medio y atribuyéndole un poder de penetración en la audiencia. La persistencia no está referida sólo a la reiteración del mensaje (jingle o corto) sino también a la jingla según la cual estos se arman: la de la redundancia, es decir una cantidad de información tendiente a cero, poco significativa en la mayoría de los casos, junto con una reiteración de la cualidad o valor semantizados (conducta, fe, cambio radical, liberación, poder y saber, juventud). Por otra parte, el jingle o el corto se encargan de no dejar margen de duda acerca de lo 'deseables' y positivas que son estas cualidades: es decir que no sólo se las afirma sino que se las supone como razones suficientes de una elección política. Se parte, de esta forma, de la convicción de que la elección política no pasa por el discurso político sino por su negación, entendiendo por negación la reducción del mismo a valores o unidades básicas de cualidad. No es necesario agregar que operan con la misma reducción los comerciales habituales en el medio.

La imposición del candidato-producto manipula la audiencia a través de la propuesta de adopción de valores y traslación, por contigüidad de estos valores a los candidatos que en pantalla, imágenes de 'jóvenes, todos'

sición de estos valores se obtiene mediante un procedimiento metafórico: el candidato es la cualidad atribuida; si la cualidad aparece como deseable (y son lo suficientemente genéricas como para parecerlo) traslativamente el candidato también lo es. Todo proceso de metaforización supone una sustitución en ambos sentidos: desaparece Balbín aparece la conducta, desaparece la conducta aparece Balbín; la sustitución reiterada crea una asociación sobre la cual descansaría la eficacia del jingle.

En uno de los cortos del FREJULI este mecanismo de sustitución es central y sobre él descansa toda la eficacia política del mensaje: en pantalla, Cámpora y Solano Lima esmóndose a un balcón (primer elemento evocador), luego la imagen de Perón (segundo y principal elemento de la asociación y sustitución). El jingle acentúa la significación de la imagen, reforzando claramente la sustitución que en el caso de la fórmula del Frente es la expresión de una de sus consignas más eficaces: "los hombres del Frente y de Perón".

Cabe preguntarse sobre las causas de la apelación, a través de cortos y jingles, a los mecanismos más irracionales de la audiencia. Una especie de agotamiento del discurso político que duda sobre su posibilidad de captación se insinúa junto a una apuesta, no probada en el caso del electorado argentino y de eficacia incierta, acerca de la imposición política a través de la televisión y sus recursos más consolidados. Al respecto se abre un interrogante acerca de cómo son procesados este tipo de mensajes por la audiencia. El corto y el jingle si bien parten de la afirmación de la metáfora como mecanismo de imposición, no evalúan a la vez los riesgos de una cada vez mayor degradación de las formas del discurso político burgués. Tal degradación puede llegar a tener un efecto bumerang sobre el consumo del mensaje. Es más que evidente que el mensaje político no entra en circulación de la misma manera que el mensaje publicitario normal en el medio y su procesamiento es con seguridad diferente. No necesariamente a una mayor degradación corresponde una mayor eficacia.

Un corto de Ezequiel Martínez reúne hasta la saturación del modelo descripto todos los elementos del mensaje publicitario convencional. En pantalla, imágenes de 'jóvenes, todos'

que pasean, trabajan o estudian; locutor en off, sobre fondo musical tipo vinos Crespi: "Hay una juventud que ama, que estudia, que trabaja; hay una juventud linda que es argentina. Esa juventud espera y merece una Argentina en paz, para concretar con seguridad su afán de superación. Para vos, Ezequiel Martínez, el presidente joven. Votado, sabe y puede. Acordáte que en cuatro segundos decidís cuatro años de paz, superación y seguridad para vos y los tuyos. Pensálo". Registremos algunos indicadores; en primer lugar las reiteraciones de significado: juventud, que es el tema del aviso, unido al culto televisivo que de ella se realiza, y al 'valor-cualidad' presuntamente atribuibles al candidato y a través del cual se intenta vehicular la adhesión; paz, superación, seguridad, repetidas, por un lado como calificaciones de un deseo subjetivo atribuido a la juventud y, en segundo lugar, especialmente como resultado de una decisión que modificaría en lo objetivo la realidad —el mediador sería la elección por esa juventud de ese candidato joven. Por otro lado, dos indicadores sintácticos: el voseo, de acercamiento y flexibilización de las relaciones con lo político, y la notable utilización de construcciones que eluden los mediadores lógicos, imponiéndose por contigüidad sintáctica: no es votado *porque* sabe y puede, sino "votado, sabe y puede". La ausencia del mediador lógico es el reflejo sintáctico de la irracionalidad política que atraviesa todo el mensaje. Casi es innecesario agregar que las imágenes sobre las cuales desfila el texto son tan importantes como el texto mismo, y funcionan reforzando uno de sus elementos decididamente más reaccionarios: hay una juventud linda.

Otro: Manrique en pantalla afirmando: "Vamos a hacer gobierno juntos usted y yo y juntos también haremos afiches la máquina del no hacer". Elemento fundamental de la redundancia: *hacer*, como bien se sabe la más impactante modulación predicativa, la de la práctica; la redundancia de *hacer* se concreta en tres variaciones que le agregan sucesivas connotaciones: hacer opuesto a no hacer (referido a máquina, metáfora de burocracia a la que Manrique alude con frecuencia); hacer como sinónimo de destruir, teniendo como objeto precisamente esa misma máquina. Un juego similar de correspon-

dencias y desfasajes de significación, cuyo eje es en este caso la ambigüedad, se refleja en un slogan de Nueva Fuerza: "Gobernar es crear, crea en Nueva Fuerza". Crear y creer funcionan como homólogos: si se cree se crea (aunque, en realidad, puede desmascarse como un "si usted cree (llega a crear, lo convenio) Nueva Fuerza creará (gobernará)". Otro jingle de Nueva Fuerza se presenta como una de las expresiones más acordes con una ideología reaccionaria que apela fundamentalmente a sectores pequeños burgueses: "El sentido común gobernará".

No nos consta que el sentido común burgués haya gobernado, por lo menos, la campaña electoral; jugando con los slogans toda racionalidad política está ausente de ella. Pero con causa: estas elecciones exigen ser un espectáculo televisivo, sus limitaciones se evidencian en una de las contradicciones centrales: nadie sabía si el "sentido común" podía gobernar o, en términos más precisos, cómo, cuántos y de qué manera llegarán al 11 de marzo.

Mientras tanto en la calle sucedieron cosas.

Cada uno se juega donde puede

Y según lo que tiene. La Nueva Fuerza, Manrique, Ezequiel Martínez han jugado a una profusa campaña de afiches; en general se caracterizan por una extrema precisión técnica y de factura: offsets impecables, cuatro colores en registro casi perfecto. También a ello han recurrido la UCR y el FREJULI. La notable definición gráfica de los afiches y, en algunos casos, su buen diseño apuntan a una realidad que en algunos casos es impuesta por el caudal político y en otros por el control jerárquico de la campaña por parte de una cúpula política que teme y recela de las imposiciones que, en la calle, pueden hacer sus mismos activistas.

El FREJULI es, sin duda, ejemplo de esto último: la calle es para el peronismo la doble posibilidad de demostrar su peso político y el peligro de desatarlo más allá de lo que la cúpula pueda controlar. Desde la pintada al acto o la manifestación, el FREJULI se ve jaqueado por su inserción en la política de las elecciones, a las que ocurre dentro de las normas planteadas por la dictadura y por tanto en la aceptación de sus reglas. De allí el peligro de la calle.

La campaña electoral en la calle no se agota en los afiches y pintadas sino que impone la presencia de un sujeto político, en el caso del FREJULI el activo de la juventud peronista fundamentalmente. Y es allí donde la calle aparece como amenaza, como dilema para las leyes del juego de estas elecciones: quien no tiene capital político debe reemplazarlo por las campañas de agencia, y quien puede tenerlo no puede emplearlo a fondo.

La necesidad de la calle en una campaña electoral, el espacio del cual se apropiaría temporalmente y en el cual funcionaría con naturalidad, 'espontáneamente' la política, se convierte en una tensión y en el peligro de alterar, trasgrediéndolas, las pautas impuestas por la dictadura. Hay razones poderosas, entonces, para que el peronismo abandone viejas prácticas que contribuyeron a su triunfo en 1946, o por lo menos las circunscriba a iniciativas fuertemente acotadas. Movilizar la calle no se hace impunemente hoy en la Argentina. La consigna que en televisión puede cristalizar inocuamente, en la calle puede sufrir todas las variantes de un procesamiento masivo. Eso ya se ha visto. La movilización electoral es la gran contradicción en la campaña de los partidos burgueses: no es solamente una cuestión de caudal. Allí donde existe objetivamente capital político, existe también el problema de su control: hoy ya problemático.

La calle instala así un centro de amenaza en el medio de unas elecciones donde, por razones fundadas, los medios de comunicación masiva juegan un papel de importancia. En un país convulsiónado por las luchas sociales no hay seguridad sobre los mecanismos para evitar los estallidos. La campaña se desplazó entonces del escenario real a la escenografía que enmarca la semi-ficción de los medios: de la historia que viven las masas populares al relato cada vez más convencional, crecientemente estereotipado de los medios; de lo real a un verosímil político donde, en forma creciente, se acentúa la irracionalidad de la política burguesa que, acosada, se refugia en el set de televisión donde espera copar a esa otra razón que se juega en la Argentina: las luchas sociales que no se conjugan con slogans y cuya perspectiva es signo de peligro para las clases dominantes más allá de los resultados de un proceso electoral.

LIBROS UNIVERSITARIOS

COLECCION "NUESTROS CLASICOS"



ANTOLOGIA DE LA POESIA LATINA

Selección, versión rítmica, prólogo y notas de Amparo Gaos y Rubén Bonifaz Nuño

Lleva a aquéllos que pueden interesarse en el estudio de las humanidades un reflejo de las principales creaciones poéticas nacidas de la vida del pueblo romano.

FACUNDO

por Domingo Faustino Sarmiento
Introducción y notas de Emma Susana Speratti Piñero

Es, sobre todo, la reconstrucción de un ambiente y la presentación de su resultado: el caudillismo y la barbarie dominadora.

ETICA NICOMAQUEA

de Aristóteles
Versión, prólogo y notas de Antonio Gómez Robledo

Obra de formación del hombre, del carácter o ethos humano. La razón y el sentimiento quedan por igual impregnados de su contenido.

DIALOGOS DE LA VEJEZ Y DE LA AMISTAD

de Marco Tulio Cicerón
Traducción directa del latín
Introducción y notas por Agustín Millares Carlo

Un texto vivo, vigente, un mensaje de orden ético por el hombre actual.

CUENTOS ESCOGIDOS

por Edgar Allan Poe
Selección e introducción de Arturo Souto

Se presentan los mejores y más famosos relatos de Poe, elegidos no sólo por su calidad literaria, sino también por su variedad.

DORA PERFECTA

por Benito Pérez Galdós
Introducción de Max Aub

Levanta en vilo contra la realidad idealizada por el autor. No puede llegar a más el arte de la novela naturalista: la realidad inventada llega a lo auténtico.

ALEMANIA

de Enrique Heine
Prólogo de Max Aub

Libro profundo, además de encantador e ilustrador como pocos; nos avisa de la actualidad del idealismo alemán, a veces en tonos proféticos escalofriantes.

MADAME BOVARY

por Gustave Flaubert
Introducción de

Arturo Souto Alabarce
Traducción de Juan Peres

Modelo único de arte realista. Crea profundamente el alma femenina, capta toda una época, un modo de vida, una clase social.

CANCIONERO DE ROMANCES VI-JOS

Selección, prólogo y notas de Margit Frank Alatorre

La canción popular es manifestación de vida, y arte.

LA CELESTINA

de Fernando de Rojas
Introducción de Agustín Millares Carlo y José Ignacio Mantecón

Uno de los más insignes monumentos de la prosa española, considerada por unos poema dialogada y por otros novela dramática.

LA ENEIDA

de Virgilio
Introducción de René Aculia
Traducción de Lorenzo Ribar

Obra fundamental y básica del clasicismo, que puede servirnos para comprender la cultura occidental.

DIALOGOS

de Platón
Introducción de Juan García Baca
2 Tomos

Contiene los siguientes diálogos: Eutífron, Apología de Sócrates, Critón, Banquete, Hipias mayor, Ion, Fedro.

Prólogos:

DEPARTAMENTO DE DISTRIBUCION DE LIBROS UNIVERSITARIOS
AV. INSURGENTES SUR No. 290
MEXICO 11, D.F.

DOS OPUSCULOS

por René Descartes
Introducción de Luis Villoro

Las Reglas son el mejor escrito para estudiar el método cartesiano, mientras que Investigación de la verdad muestra con suma claridad el sentido humano de la duda metódica.

ANTOLOGIA DE LA POESIA NORTEAMERICANA

Selección, versión y prólogo de Agustín Barba

La madurez alcanzada durante los últimos años hace presentir las más fecundas síntesis.

LA REPUBLICA

de Platón
Introducción de Adolfo García D'íaz

Sus páginas desconciertan ante la tan inquietante mezcla de utopía y realidad, de aristocratismo y humanidad.

EL ORIGEN DE LAS ESPECIES

por Carlos Darwin
Estudio preliminar de Juan Comas
2 Tomos

Obra cumbre, calificada como el libro más importante del siglo XIX; sus ideas básicas siguen vigentes.

EL CONDE LUCANOR

por Don Juan Manuel
Prólogo y vocabulario de Juan M. Lope Blanch

Primera obra original escrita en prosa castellana, cuyo autor el propio tiempo se considera el primer cuentista europeo.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Acuerdo y elecciones: el discurso del GAN

Carlos Altamirano

"La Junta de Comandantes en Jefe en virtud de las responsabilidades y atribuciones que determinan los documentos rectores de su accionar, ha debido resumir el poder político del Estado para asegurar el logro del objetivo fundamental de la revolución: crear las condiciones indispensables para el pleno restablecimiento de las instituciones democráticas, en un clima de libertad, progreso y justicia". Así se anunciaba en marzo de 1971 la inauguración de la tercera variante de la Revolución Argentina. A partir de entonces, el tema de las elecciones (la diferencia de lo ocurrido durante los dos ensayos precedentes) pasó a ocupar un lugar privilegiado en el discurso ideológico-político de la dictadura militar y se convirtió en el motivo central de un vasto despliegue publicitario promovido desde el poder.

En estas notas quisieramos analizar algunos aspectos de ese discurso y su articulación adoptando como material mensajes oficiales significativos de Lanusse y Mor Roig. Pero, ¿para qué detenerse sobre la dimensión ideológica de un discurso cuya significación política resulta hoy tan evidente? Más aún cuando la operación que inspiraba su enunciado ha fracasado¹ y el Gran Acuerdo Nacional ni siquiera figura ya en el léxico político de la dictadura y sus voceros eminentes. Se podría dar de inmediato una buena razón: en ese discurso aparecía, como un eco, una problemática política nada circuns-

tancial para las clases dominantes y cuya vigencia en modo alguno se confunde con la del GAN como instrumento táctico. Sin embargo no se trata de eso en nuestro artículo. Lo que pretendemos es proponer algunas observaciones sobre el modo en que un discurso ideológico burgués tematiza una coyuntura política crítica y el instrumento para zanjarla. Más concretamente, el papel que ciertos enunciados (la convocatoria electoral) tienen en la estructura del GAN como discurso y su sentido político. Subsidiariamente podría plantearse una última razón, como hipótesis: el papel que juegan en ese discurso los enunciados liberal-democráticos no harían sino confirmar que determinadas ideologías burguesas sólo pueden desempeñar en la lucha de clases abierta en nuestro país, una función casi exclusivamente retórica. Es decir, a través de ella no se puede expresar con coherencia ninguna respuesta orgánica de las clases dominantes a la crisis presente.

1— ¿Cuáles fueron los objetivos que el GAN anunció como propios? Están presentes en el documento que citamos al principio y que constituye su acta de nacimiento oficial: "instituciones democráticas", "libertad", "progreso", "justicia". Desde entonces, estas metas fueron señaladas una y otra vez:

"El acuerdo pretende consolidar en una nueva síntesis las aspiraciones nacionales de paz, progreso, justicia y libertad" (Lanusse).

"Creo que ningún momento mejor que éste para afirmar un pensamiento que es normativo de la conducta propuesta a fin de alcanzar los dos grandes objetivos de esta hora: la pacificación de los espíritus mediante la limpia y serena reconciliación de los argentinos y la institucionalización del país en el marco de la Repú-

blica representativa y federal, democráticamente organizada" (Mor Roig).

"El camino elegido es el de la institucionalización, que, para requerir el necesario consenso, pasa en su inicio por comicios que expresarán la voluntad popular". (Mor Roig).

Estos objetivos, por otra parte, no son sólo metas a cumplir sino valores a realizar, cuyos contenidos concierne a la "humanismo" de nuestra civilización. Como dice Mor Roig: la libertad y la justicia configuran los "presupuestos esenciales para la dignidad del hombre como titular de nuestra civilización". Más aún: "es momento de comprender que negar la vida política es tanto como negar la civilización" (Mor Roig).²

No resulta difícil reconocer tanto en las nociones (libertad, justicia, progreso, etc.) como en las proposiciones que hemos transcritto, al sistema ideológico que constituye su matriz, es decir al liberaldemocratismo burgués. Se sabe también de qué modo esta ideología de la "libertad", y las instituciones que le son correlativas (elecciones, parlamento, etc.) corresponden a una forma del dominio de la clase capitalista. Sus nociones-valores, sus principios y su problemática características, presuponen y reclaman una esfera social formal, la esfera de lo jurídico-político, donde de todos los miembros de la sociedad son iguales en cuanto sujetos de iguales derechos y deberes: todos son "ciudadanos". El modelo material de esta esfera de igualdad jurídico-formal es el del intercambio de mercancías —intercambio de equivalentes—, ese "verdadero paraíso de los derechos del hombre" (Marx), cuya producción se convierte en dominante

2. Obvia es en este fraseo, además, la intención polémica con los dos ensayos precedentes de la R.A.

en la sociedad capitalista. La libertad que formalmente garantiza es condición —en determinados períodos históricos— del desarrollo de la producción capitalista. Sin lazos "naturales" de sujeción, el obrero puede —debe— vender libremente su fuerza de trabajo en cuanto está libre —separado— de todo medio de producción.

Para el liberalismo político y para la democracia liberal en su formulación clásica, las desigualdades sociales pertenecen a la esfera de lo "privado", atribuibles a la desigualdad de los "méritos" y el estado no puede intervenir sobre ellas sin violentar su naturaleza. Sólo debe garantizar el ejercicio de la libertad y proteger sus presupuestos, especialmente su presupuesto esencial: la propiedad privada burguesa. El transformismo político correlativo al cambio de las condiciones históricas de dominación y explotación —período de los monopolios, del imperialismo, de las revoluciones socialistas o de orientación socialista— introdujo y tornó aceptables ciertos enunciados (intervención del estado, justicia en la distribución de la riqueza, democracia social, etc.) nuevos para el liberaldemocratismo burgués. El estado es ahora un verdadero "árbitro" entre cuyas funciones está la de "regular" las relaciones entre el capital y el trabajo para evitar los "excesos" sectoriales. De cualquier modo, lo que esta ideología no puede sino eludir —está hecha para hacerlo— es el nexo entre poder social económico— y poder político, así como no puede rendir cuenta de la realidad de las clases. En la medida en que sigue considerando —y no puede ser de otro modo para todo pensamiento burgués— al capital y el trabajo como factores necesarios y naturales de toda producción, la desigualdad y sus conflictos sólo pueden aparecer como derivados de la distribución. En síntesis, lo que no puede tematizar son las relaciones de producción.

La escisión entre economía y política es, pues, un rasgo de la ideología liberal-burguesa. El estado y la política son competencia de los ciudadanos, esos entes en cuya determinación no entran sino aquellos rasgos que hacen de ellos ciudadanos, es decir, equivalentes.

En este sentido, era consecuente que el discurso político oficial (GAN) tuviera formalmente como interlocutor destacado a la ciudadanía:

"Corresponderá ahora al ciudadano"

no argentino, como titular de derechos y obligaciones cívicas jugar su parte y desempeñar su rol de protagonista" (Mor Roig).

"De ahora en más, la responsabilidad política será compartida por la ciudadanía en general y muy particularmente por los dirigentes de las agrupaciones políticas" (Mor Roig).

Decíamos, entonces, que en el enunciado de los objetivos del GAN podían reconocerse las marcas distintivas del liberalismo. Ahora bien, ¿cuáles son las condiciones de funcionamiento del liberalismo como régimen, es decir las condiciones de funcionamiento de la democracia liberal-burguesa, según sus propios principios? Pues, en rigor, la vigencia de sus instituciones típicas: la división de los poderes, la periodicidad de los cargos, las libertades democráticas, las elecciones, etc.

Sin embargo, el discurso político oficial que anunciaba la voluntad de instaurar-restaurar esas instituciones agregaba una condición: el Acuerdo. No se trata del acuerdo que surge del ejercicio de la democracia liberal sino que es previo a su vigencia:

"El camino elegido es el de la institucionalización, que, para requerir el necesario consenso, pasa en su inicio por comicios que expresarán la voluntad popular. Pero ese camino, también se ha dicho y repetido, para que esa solución y no la salida, debe pasar previamente por un acuerdo, coincidencia, entendimiento o como quiera llamársele, que asegure la estabilidad del futuro gobierno y su normal sucesión. Se ha señalado también, con toda claridad, que no puede darse otro salto en el vacío. Y no se dará. Pretenderlo sería una grave torpeza en la que no podrá caerse. No se ha de incurrir en el error de "dejar hacer" y esperar que la suerte señale resultados que luego comprometerán la paz de la República o que consagren situaciones falsas y después reclamen la solución de la fuerza". (Mor Roig) (El subrayado es nuestro).

Observemos rápidamente: a) la referencia a la estabilidad y a la sucesión normal del futuro gobierno no es sino un eufemismo para aludir al hecho de que la institucionalización que se promueve tiene un Regulador, el llamado Partido Militar, de cuyo consentimiento dependen esas circunstancias, es decir, la "estabilidad" y la "sucesión normal"; b) el "dejar hacer" y esperar que la suerte

señale resultados no es sino el mecanicismo normal de la democracia liberal. El discurso oficial, en cambio, lo considera un error, cuya consecuencia puede ser un "salto en el vacío", dado que hay resultados cuya obtención no puede confiarse a la sola lógica de las instituciones. Hay aquí un desajuste: se exalta la soberanía popular pero se la señala una tutoría, se convoca a la competencia electoral, pero se propone regular previamente sus resultados, gobierno constitucional bajo control militar. Las proposiciones parecen remitir a sistemas diferentes. En fin, un desajuste. 2—Estas figuras son frecuentes en los discursos y en los regímenes liberal-democráticos. Y muy notoriamente en sus versiones históricas nacionales. Sin embargo, el sentido político concreto de estos desajustes, y del discurso que los articula sólo puede describirse en cada caso, refiriéndolos a la coyuntura política en que son producidos como discursos, ya oficial, ya opositor, ya dominante, ya subalterno, etc. Veamos el caso del GAN, discurso oficial dominante de la dictadura militar.

En la propuesta del GAN esos enunciados contradictorios están coordinados y conciliados mediante una trama de argumentos cuya finalidad es demostrar la necesidad del desajuste. En efecto, ¿por qué es necesario un acuerdo? Porque

"Desde hacía varias décadas nos debatimos en un ambiente de confusión y de sospecha, carente de fe y confianza, producto de frecuentes frustraciones" (Lanusse).

"Las mayorías, reales o no, gobernaron con total prescindencia —y hasta desprecio— de las minorías. Estas a su vez se endurecieron hasta tal punto que prácticamente dejaron de compartir el poder" (Lanusse).

"Estamos haciendo frente a una crisis total y honda que responde al proceso de conmoción social que ha incidido de manera directa en toda nuestra estructura institucional" (Mor Roig).

En síntesis: crisis de las instituciones, los adversarios enfrentados en posiciones irreductibles, superposición de los intereses particulares a los generales, pérdida de "la visión de los verdaderos objetivos nacionales". El resultado: "la República se encuentra en una situación histórica límite". Es necesario superar la crisis, es decir, renovar y conservar, o, mejor dicho, renovar para conservar.

1. Para un planteo político más general sobre el GAN y los factores de su fracaso remitimos a nuestro artículo "El Gran Acuerdo Nacional", en Los Libros N. 27. Aunque algunas de las consideraciones expuestas allí hoy nos parecen muy exactas, el artículo proporciona un marco de referencia que aquí está omitido.

[Cómo se ve, las razones no son demasiado diferentes de las que expusieron los documentos iniciales de la Revolución Argentina. Estos ponían énfasis en la crisis de autoridad y proporcionaban más razones de índole "económica". Pero no hay que olvidar que la autoridad en crisis era, en realidad, la de las instituciones y que la mayor carga de argumentos político-institucionales en el discurso del GAN definen tanto su modalidad de proyecto político como la gravedad de la coyuntura (para las clases dominantes y el capitalismo dependiente) en que surge.]

Ahora bien, esa trama de argumentos tiene la forma de una descripción más o menos dramática, llena de referencias "evidentes" —fraudes, golpes, proscripciones, 1945, 1955, 1966— y aparece como la razón que torna prácticamente obvia la necesidad del acuerdo. Esto es, la necesidad del acuerdo sobre el desajuste. Tiene la forma de una descripción, aunque no es sino la representación ideológica de una situación política, representación organizada según el punto de vista de las clases dominantes. A través de esa representación, una fracción de la oligarquía burguesa-terrateniente codifica sus intereses que aparecen como los de toda la nación y la "crisis total" no es sino el modo de definir —representar— el deterioro de la propia dominación. Si el grupo que elaboró la fórmula del Gran Acuerdo piensa la crisis del capitalismo dependiente en términos de desinteligencias, desencuentros y malentendidos, es porque piensa en las disputas internas del bloque burgués y, sobre todo, en las rencillas de las élites político-intelectuales —los adversarios colocados en posiciones irreconciliables— que representan a sus distintas fracciones y sectores. Lo piensa en esos términos porque una coherencia básica, interna a esas élites es un requisito de la estabilidad, de la estabilidad del dominio de la oligarquía burguesa terrateniente, esto es, requisito de la reproducción del sistema. Es una élite política o, mejor dicho, esa parte de ella que tiene bajo su control la dirección de los partidos burgueses la que es convocada por el GAN. Ahí está el interlocutor eminente del Gran Acuerdo.

Pero este discurso pone en código también los temores. Porque el discurso del GAN, como todo discurso burgués, no había sino para omitir

lo esencial. En efecto, hay una realidad que no tiene ningún relieve, ninguna mención en el discurso y, sin embargo, constituye la condición determinante de su aparición como propuesta política del bloque de clases representado por la dictadura militar. Cordobazos, movilizaciones y estallidos populares, radicalización de la protesta social: el eco de esta realidad sólo aparece bajo la forma del temor. "Son tiempos difíciles los que recorreremos; llenos de escollos y con el signo de la incertidumbre y del temor." (Mor Roig). Pero la amenaza de esa realidad y la realidad de esa amenaza configura el dato político decisivo de la coyuntura y explica el sentido fundamental del acuerdo y el desajuste.

Por ello, si las posibilidades de realización del Gran Acuerdo y su "programa nacional... con la participación de todos los partidos" pareció condensarse en torno a la cuestión del peronismo, fue porque la resolución de esa cuestión resolvía dos problemas que la dictadura se proponía superar en un sólo movimiento. En primer lugar, la recomposición del personal político mediante la institucionalización definitiva del peronismo, oficializándolo en su papel de Gran Mediador de las demandas populares. En segundo lugar, todo ello era función de otro problema para el cual las "grandes corrientes de opinión" tenían una misión principal e inmediata: desarmar la movilización popular, transformar los contenidos y las formas de su protesta. Lo cual significaba controlar y disolver la dimensión *subversiva* de ese proceso, desplazar sus ejes de desarrollo y organización, derivar sus conflictos. Integración del conflicto, conflictividad integrada: el modelo ideológico era una democracia "capaz de canalizar las contradicciones propias de un sistema pluralista para transformarlas en energía creadora" (Mor Roig).

Todo ello parece definir simplemente a los partidos políticos como aparatos de legitimación y reproducción del sistema. ¿No es esa la función de los partidos burgueses en la sociedad capitalista —aún en una sociedad capitalista dependiente codada por la nuestra— en todo momento? Pero no se está ante cualquier momento, se está ante "una situación histórica límite"; se requiere una solución, no una salida. Los partidos políticos *deben* ser los instrumentos

auxiliares pero no pueden ser la garantía de esa operación. Hay que acordar: ciertas candidaturas deben ser descartadas, algunas contingencias deben prevenirse, los planes económicos deben ser "responsables" porque "alentar expectativas que no pueden satisfacerse contribuye a crear clima de escepticismo, de falta de fe, que tanto daño nos ha hecho" (Mor Roig). La Garantía: el control militar. ¿Volvemos entonces al desajuste? Sólo aparentemente. Porque aquellos enunciados que parecían como contradictorios se revelan en realidad como complementarios y el juego de su complementariedad se muestra sólo en el interior de una coyuntura que hace del GAN un discurso y una política necesarios de las clases dominantes. Esos enunciados no eran contradictorios en la medida que no tenían la misma jerarquía: unos (Tutoría militar, regulación de las contingencias electorales, etc.) eran la condición de los otros (soberanía popular, competencia electoral, etc.) y definían su contenido efectivo. La extrema precariedad de la situación política hacía y hace de "la represión el gran garantizador de la reproducción del sistema y de los que manejan técnicamente el aparato represivo los verdaderos protagonistas del proceso".³

En resumen, en la estructura del GAN la instancia electoral era un mecanismo subalterno y consagratorio. Las cuestiones esenciales, desde las económicas a las que conciernen al control del poder real y su aparato (el aparato del estado) debían ser definidas antes, en otra instancia, la del Acuerdo. Sin embargo, la convocatoria electoral y la cadena de mitos que acompaña a la práctica de la institución electoral liberal capitalista tenían una función, la de "representar" la operación como un proceso de institucionalización democrático burguesa. ¿Para qué? Para "requerir el necesario consenso" (Mor Roig). Allí residía el papel ideológico eminente del discurso electoral de la dictadura militar: superar el grave deterioro de la hegemonía política de las clases dominantes y obtener el "asentimiento" para un programa cuyos contenidos esenciales en modo alguno se pondrían en juego en la contienda electoral.

3. T. Vasconi, M.A. García, "Las ideologías dominantes en América Latina", en *Sociedad y desarrollo*, N. 1, p. 110.

Argentina:

Desarrollo capitalista dependiente y discurso ideológico

Horacio Cifardini

Los lazos de la dependencia argentina toman, fundamentalmente, la forma de la participación directa de las corporaciones imperialistas en la economía y, a través de ello, en las restantes instancias de la sociedad. Están, pues, basados en las relaciones de producción capitalistas y se van fundiendo con ellas. Así, es posible tampoco que se deshagan unos sin entrar en disolución las otras, de tal modo que la ruptura de la dependencia implica una revolución social. Esto es así en la generalidad de los países de Latinoamérica, y especialmente claro en países como la Argentina. El discurso burgués sobre la cuestión se torna por ello doblemente ideológico.

1. Muchos de los elementos en que se basa este artículo se encuentran desarrollados en: O. Basky, H. Cifardini, C. Cristó y E. Ferrer, *Dependencia, integración y monopolios en América Latina*, Centro de Trabajadores Intelectuales, Rosario, 1971/72, así como en un trabajo aún inédito sobre el desarrollo oligo óico de la industria argentina en las últimas décadas, elaborado en colaboración con E. Gastiazoro, E. Lifschitz, E. Cimillo y M. Turkieh.

Con la industrialización "sustitutiva de importaciones" favorecida por la crisis de 1929-32 se amplió en la Argentina, como en Brasil, México, Chile, Colombia, la gama de actividades productivas, creciendo notablemente la burguesía industrial entrelazada en parte con la oligarquía terrateniente que, desde el Estado, se había visto llevada esta vez a enmarcar el proceso de diversificación y a tomar parte en él. Pero este proceso entrañó también, por su naturaleza misma, el rápido crecimiento y la estructuración del proletariado industrial. A la vez, la precariedad de los medios de producción y de las técnicas accesibles marcaba el límite de la acumulación relativamente autónoma de capital y, si bien declinaba la importancia del imperialismo británico, el norteamericano adquiría nuevos puntos de apoyo en la economía.

En la posguerra, la burguesía se encontraba entre dos fuegos. La estrechez de su base económica le hacía cada vez más difícil su dominación sobre el proletariado industrial, ya fuese prolongando la política de concesiones reformistas, ya

fuese mediante la aplicación de la fuerza. Por otro lado, la misma debilidad de su base técnico-económica hacía ilusoria la idea de competir en el mercado interno o externo con el capital imperialista que entraba en una nueva fase de expansión, ulteriormente concentrado después de su última crisis.

Por lo demás, el único tipo de desarrollo capitalista todavía factible: desarrollo de los monopolios, comporta el deterioro de estratos burgueses inferiores y pequeño burgueses urbanos y rurales, así como un proceso de proletarianización que afecta a amplias porciones de las capas medias, restringiendo por tanto la base social y política en que se sustenta el dominio del gran capital y ensanchando, a la inversa, el campo de los aliados posibles del proletariado. Para colmo, la pretensión de llevar adelante una nueva etapa de acumulación de capital sin la participación masiva del imperialismo a través de las corporaciones hubiese afectado gravemente los intereses de la burguesía terrateniente, planteando su eliminación del bloque en el poder.

Se fue haciendo claro que la única salida burguesa implicaba fortalecer el campo de las clases dominantes y reforzar los mecanismos de acumulación de capital aliándose en nuevos términos con el capital imperialista, cuya incorporación mayor se fue facilitando a través de los regímenes de radicación de capitales de 1953 y 1958.² El capital imperialista, ampliando y profundizando nuevamente la presencia que nunca había perdido en la economía argentina, encabezaría la prosecución de la "sustitución de importaciones" imprescindible, en su etapa "difícil" (cierta gama de medios de producción) dando, a la vez, al Estado burgués la apoyatura monopolista necesaria para sostenerlo en un nuevo período. Su irrupción renovada brindaría medios de producción que, aunque en parte ya obsoletos en las metrópolis, permitirían elevar la productividad del trabajo potenciando la producción de plusvalía relativa; y el afianzamiento del poder burgués por un período haría viable la impulsión de un proceso superpuesto a aquél, de superexplotación; reducción del salario real a través de la inflación, prolongación de la jornada real de trabajo en muchos casos, instrumentando el desempleo que resultaba de la elevación de productividad combinada con un relativo estancamiento de la demanda global interna.

Ahora bien, no siendo la Argentina el campo óptimo de inversión del capital imperialista en el mundo, ni mucho menos, resultó 'caro' el arreglo por el cual era posible atraer una porción de aquel capital, y cada vez más difícil y onerosa la creación de condiciones que lo impulsaran a permanecer, ingresar en mayor proporción, reinvertirse de año en año en el país, en escala ampliada. Las devaluaciones, privilegios y garan-

tías que se le fueron otorgando sucesivamente, y la constitución de la infraestructura necesaria, cuya carga asumió el Estado, sólo alcanzaban ese objetivo en medida muy reducida. Mientras la fuerza económica propia del capital imperialista, sumada a sus privilegios, le permitían colocarse con poco gasto en el centro de la economía, prevalecer incuestionablemente en la concurrencia y subordinar a sí porciones decisivas de la industria, el comercio y las finanzas, lograba todo esto sin necesidad de reinvertir masivamente en el país la plusvalía allí obtenida, con lo que se desnaturalizaba su pretendido o proyectado papel de factor estabilizador de la economía y equilibrador de las cuentas exteriores.

Lejos de que las entradas de capitales extranjeros compensasen el déficit de divisas, como se pretendía, las repatriaciones de beneficios bajo diversas formas llegaron pronto (hacia 1963) a superar los ingresos de nuevos capitales convirtiéndose en el factor desequilibrador fundamental de las cuentas externas; en cambio, las operaciones de comercio exterior arrojaron por lo menos hasta los últimos años, un superavit, aunque insuficiente para equilibrar aquél déficit. Sólo se ha podido tergiversar la situación, presentándola bajo la apariencia inversa, mediante la manipulación de las cuentas que integran la balanza de pagos.³

Con ello, la presencia y entrelazamiento⁴ hegemónico del capital imperialista con elementos de la gran burguesía local, condición del afianzamiento a mediano plazo del estado burgués, viene a determinar contradictoriamente la agudización de procesos que zapan sus bases estratégicamente, a saber la necesidad de impulsar una progresiva superexplotación de las masas proletarias y la opresión de los trabajadores en ge-

neral por un lado, y por otro un cierto desmenzamiento de la propia burguesía local, diferenciada y polarizada socialmente en medida creciente entre sus estratos más elevados, cuyos integrantes pueden optar más fácilmente por asociarse con el capital imperialista, participando en su negocio, y sus estratos inferiores que, en posición desfavorable en la concurrencia agudizada, acumulan con dificultad y ven cuestionado en perspectiva su propio carácter burgués.

Estas mismas contradicciones que anidan en el seno de la burguesía concurren a explicar cierta diversidad en la gama de "teorías" o discursos burgueses referentes a la problemática de la dependencia del imperialismo y, en particular, al papel atribuido al capital imperialista en la economía. El discurso "liberal" atribuye, como siempre, al mercado la virtud de poner al derecho todo lo que pueda encontrarse al revés (sin preocuparse, naturalmente, de las leyes que otorgan privilegios al capital extranjero y que configuran incuestionablemente "violaciones" de la dinámica "libre" del mercado). En nombre de esta postura arremete incluso, a menudo, contra medidas intervencionistas del estado capitalista dependiente tendientes a estabilizar mínimamente la economía. Tal es el caso de la ley de "Compre Nacional", orientada a ampliar los privilegios proteccionistas de que gozan los monopolios que establecen fábricas en el territorio argentino, frente a los que pugnan por exportar hacia la Argentina desde otros países.⁴ Tales medidas no perjudican, claro está, al capital monopolista en general, aunque eventualmente van en desmedro de los intereses de tal o cual fracción del mismo.

Desde luego, tal esquema de pensamiento no permite 'enganchar' sino

a determinadas fracciones del capital monopolista más poderosas. Semejante glorificación transposa de la concurrencia como tal no puede en absoluto concitar el apoyo de aquellos sectores burgueses que se ven desplazados en forma tanto más contundente cuanto más se agudiza la concurrencia. Estos anhelan, en cambio, algún esquema milagroso que les permita asignar a los monopolios internacionales un papel que sea compatible con la preservación de sus propios intereses. Un discurso capaz de operar esta conjunción tiene que partir del reconocimiento realista, formal al menos, de que la intervención de tales monopolios presenta "aspectos negativos" para, sobre este punto de partida, argumentar en el sentido de que pueden transformarse en "positivos". Esta versión de las cosas es más funcional para impulsar realmente los intereses de los monopolios, a la vez que expresa las ilusiones que alientan todavía los sectores burgueses que van siendo desplazados. Uno de los participantes en la discusión recién citada dice, por ejemplo, que "lo que hay que cambiar son las reglas del juego, para que el capital extranjero sea un aporte al esfuerzo nacional" (ibid.); y H. Rodríguez Larreta, "director de PASA y exponente de una definida línea desarrollista", sostuvo que "el desarrollo es, por definición, generador de autonomía" (ibid.). La identidad básica entre las concepciones "liberales" y desarrollistas, por lo demás, llega a veces a expresarse en la coincidencia literal de ciertas formulaciones fundamentales. Tal es el caso, por ejemplo, cuando A. Krieger Vasena, notorio "liberal", afirma que "se invoca soberanía para trabar la movilización de recursos sin caer en la cuenta de que una nación es más soberana cuanto más produce" ("Reorganización económica - La experiencia argentina", en Progreso, ed. por Visión, set./oct. 1970, p. 63).

El pensamiento desarrollista necesita, para poder justificar la admisión de los monopolios extranjeros, identificar "soberanía" con "desarrollo", y éste con el crecimiento de las fuerzas productivas, cualquiera sea su índole e independientemente de la cuestión de la propiedad, nacional o extranjera, de los elementos materiales que forman parte de ellas, dentro de un territorio dado. Tal lo que expresan las for-

mulaciones de este tipo, y tal el sentido de la noción de "dependencia externa" en la que se desliza, bajo la apariencia de una simple e inocente tautología, la sugerencia de que el imperialismo actúa única, o fundamentalmente, "desde fuera". Sólo sobre semejante base puede sugerirse que la sustitución de importaciones emprendida "dentro" de los países dependientes, en esta nueva etapa, directamente por el capital monopolista de las metrópolis, sea parte de un desarrollo "nacional"; al parecer, el capital imperialista se "nacionalizaría" por el solo hecho de establecerse en el territorio de un país determinado.

Así, una primera función que atribuyó el desarrollismo (la CEPAL, entre otros) al capital extranjero fue la de sustituir importaciones "ahorrando" divisas. Es quizá la afirmación menos falsa, aunque a corto plazo solamente, por cuanto la "sustitución" implica asimismo importaciones de insumos y de tecnología sobrevaluados, como una forma de extraer beneficios sin pasar por las trabas al cambio de divisas, aparte de las exportaciones de beneficios computados como tales en las estadísticas oficiales.

Le atribuyó también la virtud de difundir tecnología avanzada en la economía en la que se implantaba, con lo que supuestamente llegaría a superarse el atraso relativo de la economía local en el marco internacional. Por esta veta se orientaron diversas ilusiones del empresariado latinoamericano, imaginando que la admisión masiva del capital imperialista, por algún mecanismo, llevaría al avance tecnológico integral de las economías dependientes, y no sólo de aquellas porciones de ellas que quedasen bajo el control de aquel capital. Entreviendo al menos, sin embargo, que el estadio de desarrollo alcanzado por el sistema capitalista no admite ya en nuestro tiempo burguesas "autónomas", sino que las polariza en imperialistas y dependientes como una ley de su desarrollo, esta ilusión deriva a menudo hacia aquella de "exportar tecnología", o sea someter a otros pueblos, aun menos favorecidos en su posición relativa, a los mismos lazos que sufren los pueblos latinoamericanos. Esta idea toma la forma de equilibrar el "balance tecnológico nacional" que, en la Argentina, viene arrojando un déficit explícito (apar-

te de la porción disimulada) de unos 60 millones de dólares anuales.

Hace algo más de un año afirmaba el ministro de Hacienda y Finanzas: "Nuestro desarrollo debe ir condicionado a la elaboración de una tecnología teórica y aplicada de modo tal que pueda ser exportada" (Declaraciones de Juan A. Quiñici en las Segundas Jornadas Nacionales de Consultores, cit. en La Opinión, 24/IX/71). Es claro que la aplicación de una tecnología más avanzada (en relación a la que existe en el resto de la economía dependiente argentina, pero no en relación con la tecnología metropolitana, de la cual estas 'perlas de avanzada' constituyen más bien los desechos obsoletos), exportada luego o no, adaptada o no, constituye principalmente un privilegio de las corporaciones que la introducen, las favorece en la concurrencia y no puede "difundirse" en ningún caso gratuitamente, sino solo a cambio del control de nuestras empresas locales.

Otra ventaja atribuida por el desarrollismo a las inversiones extranjeras era la de promover las exportaciones industriales, "no tradicionales", actividad a la que sería propenso el capital extranjero; la de impulsar incluso para el conjunto del empresariado lo que a veces se denomina "conciencia exportadora" (tal la expresión que usa, por ej., Julio C. Cuello Rúa en una exposición ante la Academia Nacional de Ciencias Económicas, según La Opinión 21/X/71).

Los hechos han ido mostrando que, si bien las exportaciones de productos industriales crecen más que las de otros productos, y están casi exclusivamente a cargo de empresas extranjeras, ello ocurre en su casi totalidad en el marco de los Acuerdos de Complementación que concretan la "integración" latinoamericana, aceptada y promovida ahora por el imperialismo estadounidense, es decir que se trata de la libre circulación en el ámbito latinoamericano de los productos elaborados en diversos países, fundamentalmente, por el gran capital imperialista. Este alcanza así mayor escala de producción, más bajos costos y mayores ganancias. Pero las divisas que entran en unos países latinoamericanos en esta forma salen de otros de la misma región, y recíprocamente, y no se alivia en nada la balanza

² "Aquí es donde la cooperación internacional puede desempeñar un papel muy significativo: contribuir a que la fase inicial de la transición hacia un ritmo más elevado de desarrollo sea menos dura y no obligue a sacrificar convicciones políticas que se tenían por irrenunciables". (Raúl Prebisch, *Transformación y desarrollo, la gran tarea de América Latina*, informe al BID, Santiago de Chile, 17/IV/70, p. 21).

³ Este punto es demasiado engorroso para poder desarrollarlo aún mínimamente

aquí; puede verse en Barsky y otros, op. cit., cap. III, punto 1, pp. 46-74.
⁴ "El secretario del Consejo Empresario Argentino, doctor Enrique Loncan, expresó en cambio la línea liberal que suelen sostener la Cámara Argentina de Comercio y Aciel. (...) El debate se planteó en torno a los contenidos del proyecto de argentinización (sic) o nacionalización económica iniciado desde hace aproximadamente un año, y que tiene en la ley de Compre Nacional su instrumento más significativo. Loncan, por el contrario, considera que por ese camino no sólo se au-

ventan capitales indispensables al crecimiento del país, sino también se marcha hacia la socialización y el marxismo. (...) Loncan enfatizó su postura extrema en una segunda intervención, al manifestar que no existen objetivos nacionales y que su instauración es típica de un Estado totalitario. Su razonamiento fue muy simple: cuando no se impide la gestión a las empresas, el país crece. Así reeditó un ejecutivo argentino del año 1971, el pensamiento del economista inglés Adam Smith (1723-1790)". (La Opinión, 6/X/71).

de pagos de todos ellos considerados conjuntamente. Y esto se verifica en el caso argentino, con respecto a Brasil.

Se sostenía también que la participación del capital imperialista permitiría una especie de "despegue", de alivio inicial necesario y suficiente para un desarrollo autónomo posterior y sería, por tanto, transitoria. El tiempo va demostrando, si es que ello era preciso, que la salida a corto plazo que ofrece a la burguesía local la apertura total al imperialismo agrava permanentemente los mismos desequilibrios y contradicciones a un plazo mayor, y hace más y más angustiosos los lazos de dependencia que afectan a los elementos burgueses locales. Muchos teóricos ligados a las concepciones del desarrollo pasan a reconocer implícita o explícitamente que no es el capital extranjero el que compensa un déficit que arrojarán supuestamente las cuentas del movimiento internacional de mercancías, sino generalmente más bien al revés⁵, pero la impotencia de estos planteos se manifiesta por ejemplo en que la CEPAL no encuentra entonces mejor recomendación que la de perpetuar y acentuar los mismos criterios ya aplicados con resultados contraproducentes. Si la "ayuda", en todas sus formas, no ha permitido el "despegue" y, para colmo, ha ejercido cierta influencia "negativa" sobre la autonomía que conservaban muchas empresas locales importantes; y si las empresas extranjeras tienen

medios para reservarse porciones sustanciales de las tan escasas divisas, para remitir beneficios al exterior bajo formas encubiertas⁶, ello se debería a que el "aporte" del capital extranjero no ha sido suficientemente cuantioso y sostenido, o a que no se ha orientado hacia las actividades convenientes desde el punto de vista del "desarrollo" (¿por qué habría de hacerlo?); la solución propuesta consiste invariablemente en modificaciones de las condiciones en que se radican capitales extranjeros.⁷ Estos replanteamientos se acomodan pues, perfectamente a los requerimientos del capital imperialista, tendiendo a la vez un puente entre estos requerimientos y las ilusiones de sectores burgueses locales triturados en la concurrencia, pero cuyo apoyo o neutralidad son indispensables. Un "tecnócrata" holandés dedicado a estos problemas alcanzó una expresión insuperable de este círculo vicioso: "Me permito reiterar lo que dije mi gran compatriota Guillermo de Orange, el Taciturno: 'No es necesario tener esperanza para emprender algo, ni tener éxito para perseverar en ello'. Sus palabras muy bien podrían aplicarse a la integración económica en América Latina", (André Van Dam, "El papel que juega el capital extranjero en América Latina", en: *Los empresarios y la integración de América Latina*, INTAL, BID, 1967, p. 88). Si es cierto que la burguesía argentina (y latinoamericana en general) no puede tener

expectativas reales de llegar a ser autónoma (lo cual sólo podría significar la construcción de un nuevo centro imperialista, en realidad), sino que ha emprendido una vía que la lleva a involucrarse más y más en la dependencia y la desintegración, subordinándose a competidores muy superiores, es igualmente cierto que ese era el único camino que le quedaba abierto para sobrevivir como clase frente a masas proletarias por ella engendradas y a las cuales era incapaz de superexplotar basándose para ello en sus propias fuerzas.

El gran capital optó, en cambio, por salvaguardar las bases de la alianza de las clases dominantes locales, a la vez que incorporar más plenamente al imperialismo. Con ello aceptaron que el Estado mismo fuese tiñéndose más profundamente de dependencia al ligarse al capital imperialista, en todos los niveles, lo más significativo de la burguesía que le da base social. A partir de allí el Estado pasó a ser una nueva herramienta del ilusionismo que lo presenta como un ente capaz de encarar la "independencia" y negociar desde un ángulo puramente "nacional", como si él presentase infaltablemente estos caracteres por algún mecanismo metafísico.

Esta idea de que el Estado (burgués dependiente) es el instrumento adecuado para resolver las contradicciones de la dependencia (cuando las agraва sin cesar, para subsistir) es la quintesencia del carácter ideológico del discurso burgués sobre la cuestión, y se basa en la noción de que se trataría de relaciones "entre países" y no entre clases en escala no sólo nacional, sino internacional. Esta concepción es la que permite postular pretendidas salidas simplemente "nacionales", "para todos los argentinos", etc. Lo que se trata de ocultar es, en la crisis del poder de las clases dominantes cuyas derivaciones transcurren actualmente, que la dependencia ha echado raíces firmemente en las relaciones de producción y está, pues, ligada inextricablemente a la propiedad de tipo burgués de los medios de producción. Lo que se trata de ocultar es la noción-tabú de que la única resolución posible de las contradicciones agudizadas por el desarrollo de los monopolios, y de los lazos de la dependencia, no puede realizarse sin iniciar la extirpación de las relaciones burguesas de producción.

cimiento de un mercado local generalmente limitado, y está expuesta a dificultades de transferencia de servicios a las que escapan, de ordinario, las inversiones destinadas a promover exportaciones (no simplemente obstáculos legales, sino reales; y las exportadoras, haya o no limitaciones, pueden reservarse una parte de las divisas sin que nunca 'entren' ni aún nominalmente, por su vinculación directa y a veces directa con el comprador extranjero)". (CEPAL, "La cooperación internacional en la política de desarrollo latinoamericana", public. de las Naciones Unidas, sept. de 1954, in: *El pensamiento económico de la CEPAL*, Santiago de Chile 1969). Es lo que se llama "subfacturación de exportaciones" y, a la inversa, "sobrefacturación de importaciones".

7. Estos 'paradojes' se tornan particularmente notables en el *Estudio económico de América Latina, 1971*, en el cual CEPAL pasa a propugnar directamente la reformulación de la división internacional del trabajo propuesta por Rockefeller en su conocido Informe al presidente Nixon.

5 "La evolución reciente de (las) relaciones (entre América Latina y los Estados Unidos) indica que la región se viene transformando en una fuente de divisas que Estados Unidos utiliza para cubrir parcialmente el déficit de su balanza de pagos con otras regiones del mundo (...)", La reinversión de utilidades de las empresas estadounidenses en la región está limitada formalmente a casi cero por la legislación metropolitana, estableciéndose además normas tendientes a garantizar que las filiales puedan financiar masivamente su expansión mediante créditos obtenidos de fuentes locales utilizando, pues, el ahorro interno de los países en que están radicadas (Celso Furtado, *La economía latinoamericana desde la Conquista ibérica hasta la Revolución cubana*, Santiago de Chile 1969, p. 300).

6 He aquí una de las razones que llevan al capital extranjero a ubicarse en ramas exportadoras (base de la glorificación, por parte del desarrollismo, de su supuesto papel de aportar divisas): "la inversión en actividades internas (...) requiere el cono-

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

CBVC



Universidad Central de Venezuela
ESTUDIO DE CARACAS

Volumen I
ECOLOGIA VEGETAL
FAUNA

Volumen II
MARCO HISTORICO
TECNOLOGIA Y ECONOMIA
ACTITUDES HACIA EL TRABAJO

Volumen III
POBLACION
SERVICIOS URBANOS

Volumen IV
FAMILIA
ESTRATIFICACION SOCIAL

Volumen V
RELIGION
PERIODISMO
RECREACION
LITERATURA

Volumen VI
PERSONALIDAD
LENGUAJE
EDUCACION

Volumen VII
LA SALUD Y LOS PROBLEMAS
SOCIALES

Volumen VIII
GOBIERNO Y POLITICA



René Wellek
CONCEPTOS DE CRITICA
LITERARIA

René Wellek, profesor de Literatura Comparada en la Universidad de Yale, con estos incitantes y agudos ensayos da prueba de su profunda preocupación por los problemas que han confrontado la teoría literaria, la crítica y la historia, como disciplinas, en las últimas dos décadas. La eficaz investigación de conceptos tan significativos como los de barroco, romanticismo y realismo se ve complementada por esclarecedores estudios de la situación actual de la crítica literaria y por comentarios pertinentes sobre la teoría literaria contemporánea y la investigación.

En esta obra, el autor no sólo logra definir los objetivos ideales que los nuevos métodos de crítica literaria deben alcanzar, sino también muestra dónde han logrado, con éxito, sus propósitos y dónde han fracasado. En consecuencia, René Wellek tiene el mérito de poner cierto orden dentro del conjunto de las nuevas tendencias críticas: de agruparlas según las influencias habidas en la formación de cada una, según sus semejanzas y la eficacia de su método. Por ello, *Conceptos de crítica literaria* representa una valiosa manifestación de la posición teórica de Wellek.



Luisana de Brito Figueroa
LA CONTRIBUCION DE HENRI
WALLON A LA PSICOLOGIA
CONTEMPORANEA
(Colección *Humanismo y Ciencia*)

CAPITULO I
Introducción al tema

CAPITULO II
Algunas cuestiones fundamentales sobre las relaciones entre el acto y el pensamiento.

CAPITULO III
La concepción evolutiva de la conciencia.

CAPITULO IV
La inteligencia práctica.

CAPITULO V
Formas lógicas y estructuración de la inteligencia.

CAPITULO VI
Psicomotricidad y representación en el desarrollo individual del hombre.

CAPITULO VII
La noción de significación.

CAPITULO VIII
Del pensamiento sincrético al pensamiento discursivo.

CAPITULO IX
La dialéctica en Henri Wallon.

BIBLIOGRAFIA

El poeta parroquial

Roberto Arlt

Este relato fue publicado por Arlt en la revista Proa, en marzo de 1925, como anticipo de "El jugueta rabioso". Cuando la novela apareció al año siguiente, el capítulo había sido excluido.

Juan se echó a reír.
—Yo no entiendo de esas cosas... Decime, querés venir conmigo a ver un poeta? Tiene dos o tres libros publicados y como soy secretario de una biblioteca, estoy encargado de surtirlos de libros. Por lo tanto, visitamos a todos los escritores. ¿Querés venir? Vamos esta noche.

—¿Cómo se llama?
—Alejandro Villac. Tiene un libro "La Caverna de las Musas" y otro "El collar de terciopelo".

—¿Qué tal son esos versos?
—Yo no los he leído. Publica en "Caras y Caretas".

—¡Ah! Si publica en "Caras y Caretas", debe ser un buen poeta.
—Y en "El Hogar" le publicaron el retrato.

—En "El Hogar" le publicaron el retrato? —repetí asombrado—; pero entonces no es un poeta cualquiera. Si en "El Hogar" le publicaron el retrato... caramba... para que le publiquen en "Caras y Caretas" y el retrato en "El Hogar"... Esta misma noche vamos; —y asaltado de un súbito temor— pero nos

recibirá?... Porque para que le publiquen el retrato en "El Hogar"! —Bueno; claro que nos va a recibir. Yo llevo una carta del bibliotecario. Entonces esta noche me venís a buscar? ¡Ah! esperá que te traigo "Electra" y la "Cité Morta".

Cuando nos apartamos, yo no pensaba en los libros, ni en el empleo, ni en la sincera generosidad de Juan el Magnífico; pensaba emocionado en el autor de "La Caverna de las Musas", en el poeta que publicaba en "Caras y Caretas" y cuyo retrato exhibiera gloriosamente "El Hogar".

El poeta vivía a tres cuadras de la calle Rivadavia, en una callejuela sin empedrar, con faroles de gas, veredas desniveladas, árboles añosos y casitas adornadas de jardines insignificantes y agradables, es decir, en una de esas tantas calles, que en los suburbios porteños tienen la virtud de recordarnos un campo de ilusión, y que constituyen el encanto de la parroquia de Flores.

—Como Juan no conocía exactamente la dirección del autor de "La Caverna de las Musas", tuvimos que

informarnos en el barrio, y una niña apoyada en la pilastra de un jardín nos orientó.

—¿Es la casa del poeta la que buscan no?, del señor Villac.

—Sí, señorita; al que le publicaron el retrato en "El Hogar".

—Entonces es el mismo. ¿Ven esa casita de frente blanco?

—¿Aquella con el árbol caído? ..

—No, la otra; esa antes de llegar a la esquina, la de la puerta de reja.

—¡Ah, sí, sí!

—¡Ah! vive el señor Villac.

—Muchas gracias —y saludándola nos retiramos.

Juan conservaba su sonrisa escéptica. ¿Por qué? Aún no lo sé. Siempre sonreía así entre incrédulo y triste.

Sentíame emocionado; percibía nítidamente el latido de mis venas. No era para menos. Dentro de pocos minutos me encontraría frente al poeta a quien habían publicado el retrato en "El Hogar" y apresuradamente imaginaba una frase sutil y halagadora que me permitiera congraciarme con el vate.

Rezongué:
—Nos recibirá?

Como habíamos llegado a la puerta, Juan por toda respuesta se limitó a golpear rícidamente la palma de sus manos, lo que me pareció una irreverencia. ¿Qué diría el poeta? En esa forma sólo llamaba un cobrador malhumorado. Se escuchó el roce de suelas en las baldosas, en lo oscuro la criada stropelló una

maqueta, después se diseñó una forma blanca a cuyas preguntas Juan respondió entregándole la carta.

En cuanto aguardábamos, oíamos ruidos de platos en el comedor.

—Pasen; el señor viene enseguida. Está terminando de cenar. Pasen por aquí. Tomen asiento.

Quedamos solos en la sala iluminada.

Frente a la ventana encortinada, un piano cubierto de funda blanca. Ocupaban los cuatro ángulos de la habitación esbeltas columnitas, donde ofrecían las begonias en macetas de cobre sus hojas estriadas de venas vinosas. Sobre el escritorio, adornado por retratos de marco portátil, veíase en poético abandono una hoja donde estaba escrito el comienzo de un poema, y olvidadas en cierto taburete color de rosa un montón de piezas musicales. Había también cuadros, y delicadas chucherías, suspendidas de la araña, atestiguan la diligencia de una esposa prudente. A través de los cristales de una biblioteca de caoba, los lomos de cuero de las encuadernaciones duplicaban con sus títulos en letras de oro el prestigio del contenido.

Yo, que curiosamente los retratos, dije:

—Mirá, una fotografía de Usandivaras, y con dedicatoria.

Juan comentó burlesco:

—Usandivaras... si no me equivoco, Usandivaras es un pelafustán que escribe versos pamperos... algo así como Betinotti, pero con mucho menos talento.

—A ver... este... José M. Braña!

—Este es un poeta lanudo. Escribe con herraduras.

En la galería escuchamos los pasos del vate que publicaba en "Caras y Caretas". Nos levantamos emocionados cuando el hombre apareció.

Alto, romántica melena, nariz aguilera, flezado bigote, renegrida pupila.

Nos presentamos y cordialísima mente indicó los sillones.

—Tomen asiento, jóvenes... Así que ustedes vienen delegados por el centro Florencio Sánchez?

—Sí, señor Villac, y si no tiene ningún...

—Nada, nada, con el mayor agrado...

... ¿Gustan servirse una tacita de café?

Asomóse a la galería y al momento estuvo con nosotros.

—Cenamos algo tarde, porque la oficina, ocupaciones.

—Ciertamente...

—Efectivamente, las exigencias de la vida, y conversando en tanto saboreaba el café en su tacita, con sencillez encantadora, el poeta dijo:

—Agradan estas solicitudes. No dejan de ser un estímulo para el trabajador honrado. Ya he recibido varias de la misma índole y siempre trato de satisfacerlas. No se moleste joven... está bien así —acomodando la taza en la bandeja. Como les decía, la semana pasada recibí una carta de una dama argentina residente en Londres. Fíjense ustedes que "The Times" le pedía informes acerca de mi obra apludida en diarios argentinos.

—El señor tiene publicados "El Collar de Terciopelo" y la "Caverna de las Musas"?

—También otro volumen; fue el primero. Se llama "De mis vergeles", pero naturalmente, una obra con defectos... entonces tenía 19 años.

—Tengo entendido que la crítica se ha ocupado de usted.

—Sí, de eso no me quejo. Principalmente "La Caverna de las Musas" ha sido bien acogida... Decía un crítico que yo uno a la sencillez de Evaristo Carriego el patriotismo de Guido Spano... y no me quejo... hago lo que puedo —y con magno gesto desvió el cabello de las sienas hacia las orejas.

—Y ustedes, no escriben?

—El señor, —dijo Juan.

—Prosa o verso?

—Prosa.

—Me alegro, me alegro... Si necesita alguna recomendación...

Trágame algo para leer... Si gustan visítame los domingos a la mañana, harémos un paseito hasta el Parque Olivera. Yo acostumbro a escribir allí. ¡Ayuda tanto la naturaleza!

—¡Cómo no! Gracias; vamos a aprovechar su invitación.

Juan viendo empalidecer el diálogo, preguntó mintiendo:

—Si no me equivoco, señor Villac, he leído un soneto suyo en "La Patria degli Italiani". Usted escribe también en italiano?

—No, puede ser que lo hayan

traducido; no tendrá nada de extraño.

—Juan insistió:

—Sin embargo voy a ver si encuentro ese número y se lo envío. Bello idioma, verdad, señor Villac?

—Efectivamente, sonoro, grandilocuente...

Yo con candidez, pregunté:

—Y a usted, señor Villac, quien lo emociona más, Carducci o D'Annunzio?

—Como novelista, Manzoni... eh? ¿Más vida no es cierto? Me recuerda a Ricardo Gutiérrez.

—Sí, es verdad; más vida —rapió Juan, mirándose casi asombrado.

—Además, Carducci... qué quiere que le diga... sinceramente... pocos poetas hay que me agraden tanto como Evaristo Carriego, esa sencillez, aquella emoción de la costurera que dio el mal paso... esos sonetos... será porque yo soy sonetista y

"El soneto es una lira de hebras de oro"

—Una caja...

—Ciertamente —observó Juan, impassible — ciertamente, me he fijado que la crítica lo aplaude mucho como sonetista.

"Una caja de encantos" escribí vez pasada en "Caras y Caretas"... y no me he equivocado. Nuestro siglo prefiere el soneto, como en un estudio indio...

La entrada de la criada con un bulto que contenía "La Caverna" y otros volúmenes, interrumpió sus palabras y, desgraciadamente, no pudimos saber qué indicaba en su estudio el hombre del retrato en "El Hogar".

Para no pecar de indiscretos, nos levantamos, y acompañados hasta el umbral de la puerta, nos despedimos efusivamente del sonetista. Yo le prometí volver.

Cuando pasamos frente a la casa de nuestra informadora, la niña estaba aún en la puerta. Con voz tímida preguntó:

—Le encontraron al señor? ..

—Sí, señorita... gracias...

—¿No es verdad que es un talento?

—¡Oh!... —dijo Juan— un talento bestial. Fíjese que hasta en el "Times" se interesan por saber quién es.

Roberto Arlt: una crítica de la economía literaria

Ricardo Piglia

I. La escritura desacreditada

En el prólogo a *Los lanzallamas*, Arlt se hace cargo de las condiciones de producción de su literatura: puesta en escena de la situación material en la que se genera un relato, este texto intenta definir el lugar desde donde se quiere ser leído. Al establecer una relación entre el lujo y el estilo, de entrada refiere lo que cuesta tener una escritura: el ejercicio de la literatura aparece ligado al derroche, trabajo improductivo que no tiene precio, se legaliza "en la vida holgada, en las rentas" de una clase que puede practicarla desinteresadamente. Para Arlt, en cambio, escribir es contraer cierta deuda, crédito que debe ser reconocido en el mercado. "Ganarse la vida escribiendo es penoso y rudo" porque hay que lograr que el lector pague con dinero el interés: en este pago, diferido, se abre el espacio incontrolable de la demanda y la circulación. "Palabra inefable" (como la llama Arlt) la escritura "no tiene explicación": se la encuentra donde ya no está, en el intercambio que sobre la escena del mercado, resuelve el valor en el precio. Convertida en mercancía, la ley de la oferta y la demanda parece ser lo único que permite, desde el consumo, darle "razones" a la producción literaria. En la nota que concluye *Los lanzallamas*, Arlt escribe: "Dada la prisa con que fue terminada esta novela, pues cuatro mil líneas fueron escritas entre fines de setiembre y el

22 de octubre (y la novela consta de 10.300 líneas) el autor se olvidó de consignar en el prólogo que el título de esta segunda parte de *Los siete locos* que primitivamente era *Los monstruos*, fue sustituido por el de *Los lanzallamas*, por sugerencia del novelista Carlos Alberto Leumann". En la urgencia del mercado, se olvida un préstamo: este lapsus, es el síntoma mismo de esa deuda que se contrae al ejercer —con un título prestado— la escritura. A través del recuento minucioso de las cifras y las fechas, la demanda hace saber sus exigencias: hay un contrato que impone cierto plazo y fija los límites. Como el prólogo y la nota, está al final y al comienzo del relato: lo sostiene, lo emplaza. "Con tanta prisa se terminó esta obra que la editorial imprimió los primeros pliegos *mientras* que el autor estaba redactando los últimos capítulos". La demanda financia la escritura y la dirige: hace de ese compromiso, un destino. ("*El amor brujo* —anuncia Arlt— aparecerá en agosto de 1932"). De algún modo, al ponerle un plazo, Arlt debe "alquilar" su escritura, lograr que le paguen *mientras* escribe: parece que el mercado continuara en el relato hasta "entrar" en el texto. En esta obligación hay al mismo tiempo una promesa, cierto suspenso y el reconocimiento de una deuda: escribir deja de ser un lujo, un derroche, para convertirse en una fatalidad, o mejor, en una necesidad (material).

El valor del estilo

El folletín es la expresión límite y el modelo de esta escritura financiada: el texto mismo es un mercado donde el relato circula y en cada en-

trega crece el interés. Este aplazamiento, que decide a la vez el estilo y la técnica se funda en el suspenso, crédito que hace de la anécdota la mercancía —siempre postergada— que el lector recién logra tener en el final. "Me devoraba las entregas" dice Astier al narrar esta lectura en *El juguete Rabioso*: en realidad se trata de lograr que sea el lector quien "se entregue", "devorado" por el interés. Economía literaria que convierte al lector en un cliente endeudado, se vive la ilusión de que una cierta necesidad material enlaza el texto y su lectura.

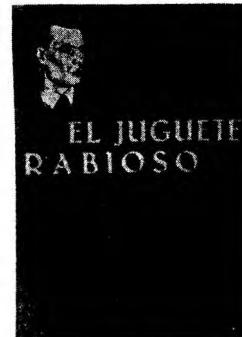
Escritura donde todo se paga, este procedimiento define, al mismo tiempo, el espacio literario de Arlt y su "moral" de escritor. "Se dice de mí que escribo mal. Es posible": esta confesión es ambigua. Como vimos, para escribir "bien" hay que disponer de "ocio, rentas, vida holgada", hacerse responsable del derroche que significa cultivar un estilo. En Arlt, este lujo se paga caro, el desinterés elimina la oferta: se escribe por nada, para nada. "No tendría dificultad en citar a numerosa gente que escribe bien y a quienes únicamente leen correctos miembros de su familia". Escriben bien: nadie los lee. ¿Escriben bien *porque* nadie los lee? En realidad, lo que sucede es que nadie *paga* por esa lectura: leídos en familia, no hay lazos económicos, el dinero está excluido. Arlt invierte los valores de esa moral aristocrática que se niega a reconocer las determinaciones económicas que rigen toda lectura, los códigos de clase que deciden la circulación y la apropiación literarias. Entre el texto y el lector no habría ninguna interferencia: la cultura sería justamente ese "vacío" donde se disuelve cualquier

relación material para que la ideología dominante ocupe el sitio del trabajo productivo que la mantiene. En Arlt, al contrario, escribir bien es hacerse pagar, en el estilo, un cierto "bien" que alguien es capaz de comprar. Sólo a costa del lector se puede costear el interés por la literatura: ser leído es saldar una deuda, encontrar el sentido de ese trabajo "misterioso", "inefable" que no tiene explicación en una sociedad que funda su razón en la ganancia. Así, en Arlt, el dinero que aparece como garantía que hace posible la apropiación y el acceso a la literatura, es a la vez, el resultado que decide y legitima su valor. De este modo, al nombrar lo que todos ocultan, desmiente las ilusiones de una ideología que enmascara y sublima en el mito de la riqueza espiritual la lógica implacable de la producción capitalista.

Los códigos de clase

Escritura que *se sabe* desacreditada, los textos de Arlt han debido pagar el precio de la devaluación que provocan. Para una economía literaria que hace del misterio de sus razones el fundamento de su poder simbólico, el reconocimiento explícito de los lazos materiales que la hacen posible, se convierte en una transgresión a ese contrato social que obliga a acatar "un silencio" las imposiciones del sistema. Basta leer el artículo que José Bianco le dedicara en 1961¹ para ver de qué modo Arlt transgrede un espacio de lectura. En este caso, el código de *Surr*: lectura de clase que refiere —justamente al revés de Arlt— el acceso fluido a una cultura "familiar". En realidad lo que se lee por debajo del texto de Bianco es la definición de esa propiedad que es necesario exhibir para poder escribir: "Arlt no era un escritor sino un periodista, en la acepción más restringida del término. Hablaba el lunfardo con acento extranjero, ignoraba la ortografía, qué decir de la sintaxis". La insistencia sobre las *faltas* de Arlt no son otra cosa que las marcas de un descrédito: manejar mal la ortografía, la sintaxis es de hecho una señal de clase. Se usan mal los códigos de posesión de una

¹ El ensayo de José Bianco —al que volveremos más adelante— fue publicado en el N. 5 de CASA DE LAS AMERICAS, LA HABANA, marzo de 1961.



lengua: los errores son —otra vez— el lapsus donde se pierden los títulos de propiedad y se deja ver una condición social. "Hemos visto —insiste Bianco— que le faltaba no solo cultura, sino sentido poético, gusto literario". Sentido poético, gusto literario: el discurso liberal sublima, espiritualizando. Habría una carencia "natural", irremediable: una fatalidad. Arlt se encarga de recordar que esta carencia es económica, de clase: en esta sociedad, la cultura es una economía, por de pronto se trata de tener una cultura, es decir, poder pagar. Por su lado, Bianco funda su lectura en la desigualdad y al universalizar las posesiones de una clase hace de sus "bienes" las cualidades espirituales en que se apoya un sistema de valor. "Y hacia esa misma época —escribe— aunque Roberto Arlt conservara todavía lectores no creo que infundiera respeto a ningún intelectual de verdad" (sic.). El respeto es un reconocimiento: en este caso hay ciertos títulos de los que Arlt carece. Más bien hay ciertos títulos que Arlt admite haber recibido en préstamo: no son de él y es esta deuda la que debe pagar.

Ahora bien *¿y* si esto que sirve para desacreditarlo fuera justamente lo que él no quiso dejar de exhibir? Quiero decir *¿y* si el mérito de Arlt hubiera sido mostrar lo que no hay, hacer ver la deuda que se contrae al practicar —sin títulos— la literatura? En este sentido, sus carencias van más allá de sí mismo: marcan los límites concretos de una cierta lectura, la frontera —desvalorizada, empobrecida— de un espacio que es el de la literatura argentina.

El juguete rabioso es el mejor

ejemplo de las condiciones de esta lectura: historia de una apropiación, en el juego de los intercambios, los desvíos, las sustituciones que constituyen el texto se narra el trayecto que es necesario recorrer para *ganarse* una escritura. El dinero financia la aventura y en los canjes que generan el relato, una cierta relación con la literatura es registrada a partir de los códigos sociales y de clase que decretan su circulación y hacen posible su uso. "Me inicié en los deleites y afanes de la literatura bandoleresca": en esta frase que recuerda una lectura (primera frase de su primer libro) comienza el texto arltiano. Se trata de ver qué sigue a esa *iniciación* para tratar de descifrar de qué modo en la práctica de su escritura, Arlt propone una teoría de la literatura donde un espacio de lectura y ciertas condiciones de producción son exhibidos.

II. Crítica a la lectura liberal

Desde el principio, Astier explica los efectos acumulados de una lectura ("Yo ya había leído los cuarenta y tantos tomos que el vizconde Ponson du Terrail escribiera acerca del hijo adoptivo de mamá Fipart el admirable Rocambolito y aspiraba a ser un bandido de alta escuela" N.C. t. I. p.38): su experiencia es la repetición de un texto que a cada momento es necesario tener presente. Este canje entre lectura y experiencia hace avanzar la narración: en el camino de su aprendizaje, para enfrentar los riesgos, se sostiene de la literatura. Lueve la noche de su primer robo, pero alguien recuerda: "Mejor. Estas noches agradaban a Montparnasse y a Tenardhuan. Tenardhuer decía: Más bien Juan Jacobo Russeau", etc. (ver p.51); al probar sus conocimientos de física frente a los militares: "Y en aquel instante antes de hablar, pensé en los héroes de mis lecturas prelectas y la catadura de Rocambolito, del Rocambolito con gorra de visera de hule y sonrisa canalla en la boca torcida, pasó por mis ojos inclinándome al desperaje y a la actitud heroica" (p. 100); por fin, cuando vacila antes de delatar al Rengo: "En realidad soy un locoide con ciertas mezclas de pillo; pero Rocambolito no era menos: asesinaba, yo no asesino" etc. (ver p. 146). Robar, inventar, delatar: nudos en el aprendizaje de Astier, momentos de viraje en la estructura de novela, en los tres casos hay un pasaje, un cierto proyecto

* Este texto es un capítulo del libro *TRADUCCION: SISTEMA LITERARIO Y DEPENDENCIA*.

—fracasado— que se realiza desde la literatura. Frente a cada movimiento del relato, otro relato, leído, sirve de apoyo. Vigilado en ese otro texto, Astier reconoce el eco “ya vivido” de una lectura: no hay otra iniciación que esa, repetición que en el escenario falsificado de la literatura permite representar el efecto de los textos leídos.

En este caso, el exceso de una cierta lectura, más que fundar una razón en la legibilidad —como en el ejemplo clásico de *El Quijote*— decide los derechos “legales” para acceder a la propiedad de la literatura. Por un lado, una relación muy particular con el dinero sostiene la lectura y la hace posible: Astier debe alquilar los libros para poder leer (“Por algunos centavos de interés me alquilaba sus libracos” p.36). En ese préstamo se paga el interés por la literatura: financiada, alquilada, la lectura nunca es gratuita. Al mismo tiempo, el dinero no alcanza para tener los textos, se costea con él cierto tiempo de lectura. Esta posesión, provisoria, es un simulacro de la propiedad (“Observando que le llevaba un libro me gritaba a modo de advertencia: “Cuidarlo niño que dinero cuesta” —p.36): lectura vigilada, en los “cuidados” que requiere la propiedad se advierte la carencia. Desposeído, Astier buscará legitimar la posesión a través del desvío, imaginario, de la literatura. (“No recuerdo por medio de qué sutilezas y sinrazones llegamos a convencernos de que robar era acción meritoria y bella” —p.43) Rocambolo, doble literario, le sirve de modelo en esa apropiación mágica y sin ley. Delito privilegiado, “acción bella”, crimen literario, transgresión que entrelaza experiencia y dinero, el robo es la metáfora misma de la lectura artiana. Se roba como se lee, mejor: robar es como leer. No es casual que en la primera acción del “club de los caballeros de la medianoche” se roben: libros. “Tratabamos *nada menos* (subrayo yo) que de despojar a la biblioteca de una escuela” (51). Si hay que pagar para (poder) leer, el interés por la literatura justifica el costo del delito: ¿se roba porque se leyó o se roba para leer?

Legibilidad y coacción social: la biblioteca

“Sacando los volúmenes los hojeábamos, y Enrique que era algo



sabedor de precios decía: “No vale nada” o “Vale” (p. 58) “¿Y esto? ¿Cómo se llama? Charles Baudelaire. Su vida. Parece una biografía. No vale nada” (p. 59). Toda la escena funciona, en realidad, como una lectura económica de la literatura: es el precio quien decide el valor y esta inversión viene a afirmar que no hay un sistema de valor independiente del dinero. Al mismo tiempo se roba “*nada menos*” que una biblioteca, es decir, ese lugar que parece estar afuera, más allá de la economía, zona neutra donde la lectura “al alcance de todos” se realiza contra las leyes de la apropiación capitalista. En este sentido, la metáfora del robo muestra, en el acceso ilegal, que este espacio a primera vista tan abierto, está, sin embargo, clausurado: por de pronto hay que forzar “cuidadosamente” la entrada (ver p. 57). Infranqueable, bloqueada, para Arlt, la biblioteca no es el lugar pleno de la cultura, sino el espacio de la carencia. “Lila para no gastar en libros tiene que ir todos los días a la biblioteca” (p. 68). La falta de dinero impide tomar posesión de los libros salvo a préstamo, en el plazo fijo de una lectura vigilada. Al invadir para robar, Astier hace entrar en ese espacio “gratuito”, un interés (económico) por la literatura que se funda justamente en la toma de posesión (“Che, sabés que es hermosísimo, me lo llevo para casa”, dice Astier refiriéndose a la biografía de Baudelaire —ver p. 59) El precio interfiere en el acceso a “la belleza”: solo en el desvío de esta apropiación ilegal es posible tener un texto. En este sentido toda la situación puede ser leída como

una crítica a la lectura liberal: no hay lugar donde el dinero no llegue para criticar el valor en el precio. Signo de toda posesión, garantiza la legibilidad, es decir, la posibilidad misma de acceder a una lectura. De allí que, en el vaivén entre el préstamo y el alquiler, el robo funciona como esa lectura que debe pagar con el delito, la inversión de un cierto código cultural.

Precisamente, el mito liberal de la biblioteca pública intenta sublimar la violencia de esta apropiación; se repite, perfeccionada, la operación que en el mercado, borra las relaciones de producción y la lucha de clases, para imaginar una relación de libre concurrencia entre propietarios en un pie de igualdad. Hace falta admitir que las “necesidades” (en este caso económicas) están distribuidas equitativamente: en cuanto a los medios para satisfacerlas, la biblioteca sería ese espacio socializado, propiedad colectiva de acceso libre que garantiza la posibilidad de una lectura universal. La biblioteca vendría a disolver la propiedad, poniendo la cultura como un bien común a disposición de todos los lectores. De hecho este bien común, igual que otros “bienes comunes” (entre ellos el lenguaje) está desigualmente repartido. Es el acceso a la lectura lo que está trabado por el dinero (esto es, por las relaciones de producción expresadas en el dinero). Toda lectura es una apropiación que se sostiene en ciertos códigos de clase: la legibilidad no es transparente y la “literatura” solo existe como “bien simbólico” (aparte de su carácter de bien económico) para quien posee los medios de apropiarse, es decir, de descifrarla. Es esta propiedad lo que se trata de ocultar, disimulando la coacción que las clases dominantes ejercen para imponer como “naturales” las condiciones sociales que definen su lectura. El “gusto literario” (del que habla Bianco) no es gratuito: se paga por él y el interés por la literatura es un interés de clase. En este sentido, para Astier en toda la novela, no hay otro “delito” que ese interés por la literatura: deuda que perpetuamente hay que saldar, no habiendo título que lo legitime, el mismo acto de leer ya es culpable.

“Cierto atardecer mi madre me dijo: ‘Silvio es necesario que trabajes’. Yo que leía un libro junto a la mesa levanté los ojos mirándola con

rencor. Pensé: trabajar, siempre trabajar” (p. 67). Esta interacción (que el texto registra varias veces) ordena uno de los vaivenes del relato: conectada simbólicamente con el robo y la aventura, la lectura es el reverso de la producción. El trabajo, destino que el dinero hace presente, es lo que se trata de negar: “No hable de dinero, mamá, por favor. No hable, “cállese” (p. 69) Silencio forzado, para acceder “sin interrupciones” a la lectura hay que olvidar la realidad: y a la inversa, en “los deleites y afanes de la literatura” se sostiene —imaginariamente— el desvío que lo aleja de su clase.

A esta altura se produce una cierta transacción que define un nuevo movimiento del relato: después de algunas vacilaciones Astier se decide, irá a trabajar. Tratará, sin embargo, de no perder el sentido de esa búsqueda que marca su iniciación: su primer empleo es: “en una librería, *mejor dicho* (subrayo yo) en una casa de compra y venta de libros usados” (p. 69). Alquilar, robar, vender libros: en la aventura de esta ambigua relación con la propiedad, *El juguete rabioso* va definiendo el camino de su propia génesis.

Libros usados: entre el sacrilegio y el consumo

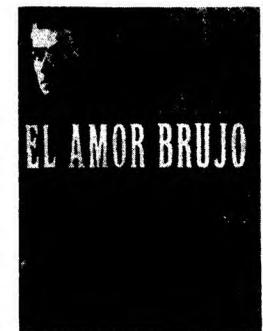
“El local era más largo y tenebroso que el antro de Tronfio. Donde se miraba había libros: libros en las mesas formadas por tablas encima de caballetes, libros en los mostradores, en los rincones, bajo las mesas y en el sótano” (p. 70). Espacio degradado, este “salón inmenso, atestado hasta el techo de volúmenes” es el lugar mismo de la apropiación capitalista: el dinero establece el orden y regula la lectura. En esta acumulación confusa la lectura, regida por la ley de la oferta y la demanda, pierde su aire privado: desvalorizados, los textos ya “usados” son sometidos a un canje indiscriminado donde todo se mezcla. Opuesto al orden suntuoso de la biblioteca (“Majestuosas vitrinas añadían un decoro severo y tras los cristales, en los lomos de cuero, de tela y de pasta, relucían las guardas arabescas y títulos dorados de tejuelos” ver p. 55) este lugar al que vienen a parar los restos de una cultura es el espacio donde se realiza la lectura de Astier. Agravación grotesca del interés por la literatura que

se viene pagando desde el comienzo, no es casual que uno de sus trabajos sea tocar “un cenecero” para despertar el interés de los clientes. Es un cierto modo de tratar la lectura lo que Arlt pone en escena y en el exceso de esta oferta desesperada la literatura se extingue.

Aparece más claro, entonces, el gesto límite con el que Astier cierra este circuito de apropiación: “sin vacilar, cogiendo una brasa, la arrojé al montón de papeles que estaba a la orilla de una estantería cargada de libros” (p. 92). Busca incendiar la librería, es decir, *consumirla*: al provocar la extinción reconoce su imposibilidad de poseer. “El acto del consumo —ha escrito Baudrillard— no es solo una compra sino también un gasto, es decir, una riqueza manifiesta y una destrucción manifiesta de la riqueza”. En Astier, como vimos, ninguna “riqueza” puede manifestarse: alquilar, robar, vender, nunca llega a ser el propietario legítimo. Los libros están en sus manos, pero no le pertenecen: intento de consumir lo que no se puede tener, la decisión de incendiar la librería es el paso final en esta desposesión. Acto suntuario, lujoso, en el incendio, la riqueza es negada; esta transgresión reproduce, exasperado, el acto capital de la sociedad que lo excluye: consumo gratuito, sacrificio, se destruye para tener.

El fuego y el robo

En este sentido, el intento de quemar la librería es homólogo al robo de la biblioteca. Dos caras de una misma moneda, estos lugares son los espacios simultáneos de una sola



lectura: la biblioteca acomoda lo que el mercado desordena y su préstamo legal, sublima el canje brutal que se desencadena en las casas “de compra y venta”. Del orden al desorden, la literatura circula regida por las leyes de la apropiación capitalista: al robar en la biblioteca, Astier niega toda separación, lleva el precio a donde el valor dice reinar afuera de la economía. A la vez, quemar la librería es consumir “gratuitamente” ese lugar desvalorizado, donde los libros “usados”, solo valen lo que se paga por ellos, en el canje que decide el precio. Se hace entrar, violentamente, el interés económico al recinto desinteresado de una lectura gratuita y se intenta destruir el lugar mismo donde el dinero, en el intercambio, se hace visible y actúa como una cierta lectura. Se produce una exasperación de la ley que rige, en secreto, la apropiación: el robo parece ser el momento límite del alquiler simbólico de la biblioteca y a su vez el incendio cierra el consumo indiscriminado, salvaje, de la librería de usuarios.

Un desplazamiento que podríamos llamar “perverso” recorre todo el procedimiento: es “normal” robar una librería donde se puede encontrar el dinero y se conoce (desde Erostrato hasta las pesadillas borgianas) el mito de la biblioteca incendiada. En ese caso se respeta cierto orden: se busca el dinero donde se sabe que está y en el incendio se destruye, simbólicamente, los códigos de una cultura. En Arlt, las cosas son distintas: no busca negar, sino invertir: del mismo modo que el robo afirma la propiedad, el incendio es un intento —desesperado— de posesión. Contraeconomía fundada en la pérdida y en la deuda, en el incendio se busca destruir el fantasma del precio, la presencia de la economía que desordena la literatura; y el robo de la biblioteca hace saber que el espacio simbólico de la literatura está prohibido para el que no tiene dinero.

Si robar una biblioteca es llamar la atención sobre las clausuras que encierran a una lectura en los códigos de clase, incendiar los libros usados es querer hacer ver bajo esa luz brutal, en el precio el misterio del valor. Así, el robo es la metáfora de una lectura ilegal, desacreditada, que en la transgresión encuentra el acceso y la posibilidad de apropiación; mientras que en el intento de

incendiar la librería el fuego vendría a echar luz para ayudar a ver —y a destruir simbólicamente— el mal (económico) que disuelve la cultura. Actos sacrílegos, doble inversión de los valores de la cultura y la riqueza, en este desvío hacia la prohibición se encuentra la génesis misma de la escritura de Roberto Arlt.

III. En busca del texto perdido

Como el robo, el incendio fracasa: acto fallido marca el final de este circuito de apropiación. Para encontrar el pasaje que de la transgresión, lleva a la ley y a la escritura, hay que detenerse en la escena clave del libro, el momento en el que Astier, hacia el final, decide delatar al Rengo. "En realidad —no pude menos de decirme— soy un locoide con ciertas mezclas de píllo; pero Rocambole no era menos: asesinaba. . . y no asesino. Por unos cuantos francos le levantó falso testimonio a 'papá' Nicolo y lo hizo guillotinar. A la vieja Fipart que le quería como una madre la estranguló y mató. . . mató al capitán Williams, a quien él debía sus millores y su marquésado. ¿A quien no traicionó él" (p. 146). Una vez más el delito se apoya en la literatura: todo es posible si una legitimidad da las razones. La traición de Rocambole hace posible otras traiciones, las legaliza. En este caso, además, la transgresión es ambigua: al impedir un robo se ayuda a encarcelar a un "delincuente", se defiende la propiedad. Hay un código doble y el repudio moral ("¿por qué ha traicionado a su compañero? y sin motivo. ¿No le da vergüenza tener tan poca dignidad a sus años?" le dice el ingeniero a quien avisa del robo, ver p. 153) no hace más que afirmar el carácter legal de este acto socialmente "positivo": nueva inversión, Astier hace el mal por el bien, y en la confesión, el relato anticipa el crimen, legalizándose.

De este modo Astier queda —como en toda la novela— atrapado en esa ambigüedad que constituye el centro de su aprendizaje. Antes, como vimos, la literatura sostenía la entrada en el delito, en este caso, se sale del delito por la literatura. En el momento de delatar, Astier fija "los ojos en una biblioteca llena de libros" (ver p. 149): frente a esa biblioteca la iniciación se cierra y comienza su relato. Relato del crimen, al anticipar el robo, constituye un destino ("El

Rengo fue detenido a las nueve de la noche" p. 150) para que actúe la ley. En un sentido, podríamos decir que la delación es la expresión misma de la escritura arltiana: se trata de decirlo todo y esa "sinceridad" hace de la confesión una forma privilegiada de la literatura. "Al escribir mis memorias" dice Astier al comienzo (ver p. 37): memoria de una lectura y de sus dificultades en el juego de las sustituciones, los canjes, las pérdidas. *El juguete rabioso* exhibe —oculto en las metáforas que lo encubren— ese trabajo que empieza cuando todo termina. Como el objeto perdido del que habla el psicoanálisis, lo encontramos en todos lados sin reconocerlo en ninguna parte. "Busco un poema que no encuentro", dice Astier (p. 87): cargada de referencias literarias, dividida en capítulos cuyos títulos ("Los ladrones", "Judas Iscariote", "Los trabajos y los días") son citas de otros libros, el relato muestra las huellas de esa búsqueda. En el recuerdo del fragmento de Ponson du Terrail que hace posible la delación, el texto, se detiene para registrar el momento en el que la transgresión se realiza en el lenguaje: en esa cita doble (con la literatura, con la ley) la historia se cierra sobre sí misma y la novela puede ser escrita. O mejor, en el doble juego de los textos citados (el relato del robo, el fragmento de Rocambole), texto en el texto, relato en el relato, nace la posibilidad misma de escribir. En este sentido, habría que decir que en este libro no hay otro juguete rabioso que la literatura.

Por otro lado, un procedimiento se perfecciona: la lectura que sirve de apoyo a la experiencia se hace visible,



se cristaliza hasta terminar apoyándose en un texto. "De pronto recordé con nitidez asombrosa este pasaje: *Rocambole olvidó por un momento sus dolores físicos. El preso cuyas espaldas estaban acardenaladas por la vara del capataz, se sintió fascinado: pareciera ver desfilar a su vista como un torbellino embriagador, París, los Campos Elíseos, el Bulevar de los Italianos, todo aquél mundo deslumbrador de luz y de ruido en cuyo seno habla vivido antes*" (p. 146). La lectura constituye una escritura, define otro texto en el texto. Esta cita a la vez que muestra el momento en el que se escribe una lectura, marca una propiedad y legitima la traición. A su vez, la delación, crimen parasitario que debe injertarse en otro crimen, es también una cita: con la ley, con la justicia. Se comprende, ahora, el desvío de Astier: citar es tomar posesión de un texto, esta apropiación por fin legal, se ha fundado en el delito: lo delatar, Astier no hace otra cosa que "literatura".

Escribir una lectura

Lugar donde se intercambian los libros "usados", la cita marca el pasaje de la lectura a la escritura: consumo productivo, se trata no ya de leer, sino de escribir esa lectura. En el caso de Astier el rodeo de su acceso (alquilar, robar, vender, incendiar) ha devaluado su apropiación: en el texto "pobre" de Ponson se leen al mismo tiempo, las dificultades de una lectura y sus protocolos. De todos modos, esta lectura desacreditada es su único respaldo para poder garantizar una escritura: no solo porque marca —como vimos— el momento en que esa lectura se constituye en un texto, sino porque además, relejando la cita, se encuentran, junto con los signos de la lectura cuyas desventuras hemos recorrido (literatura "barata", folletín, delito) el régimen mismo de su estilo. "Acardenaladas, pareció, torbellino embriagador, mundo deslumbrador": en realidad, detrás de ese lenguaje crispado se ve aparecer al mismo Arlt. Estilo sobreactuado, de traductor, alude continuamente a ese otro texto en el que nace y por momentos es su propia parodia: en este sentido habría que decir que cuando Arlt confiesa que escribe mal, lo que hace es decir que escribe desde donde leyó o mejor, desde donde pudo leer. Así, "las horribles traducciones españolas" de las que habla Bianco son el espejo donde la escritura de Arlt encuentra "los modelos" (Sue, Dostoievski, Ponson, etc.) que quiere leer. Esta interferencia, señala los límites de un espacio de lectura del que la cita de Rocambole es apenas una marca.

No es casual, que en esta apropiación degradada, las palabras lunfardas se citen entre comillas: idioma del delito, debe ser señalado al ingresar en la literatura. En este sentido, Arlt actúa, incluso, como un "traductor" y las notas al pie (ver p. 49) explicando que "jetra" quiere decir "traje", o "yuta", "policía secreta", son el signo de una cierta posesión. Si como señala Jakobson, el bilingüismo es una relación de poder a través de la palabra, se entienden las razones de este simulacro: ese es el único lenguaje cuya propiedad Arlt puede acreditar.

A la inversa, en la escena con "la mantenida" (ver p. 88) a la que Astier le lleva "un paquete de libros", el lenguaje se enlaza con la prohibición y la pérdida. Inaccesible, ajena, esa mujer que habla francés y de pronto lo besa sin que Astier alcance a comprender, esta "an otro mundo". Esa distancia que el idioma remarca es una distancia de clase: se trata como siempre del acceso —prohibido, culpable— a "la belleza" y en este caso el lenguaje sirve de soporte al deseo y a la propiedad. Los diálogos en francés pasan a ser las marcas "incomprensibles" de la sexualidad y la riqueza, en el mismo sentido en que —por ejemplo— las frases en italiano ("strunso, la vita e denaro" p. 79) convocan el universo de la necesidad y del trabajo. En esto Arlt se maneja en una dirección homóloga al sainete y al grotesco: palabras en italiano, en idisch, en francés, en alemán, en el relato el idioma extranjero es tratado —igual que el lunfardo— como si fuera una jerga de clase que remite a las relaciones sociales. Es esta estratificación lo que el lenguaje vacío, sintagmático, de la traducción viene a cubrir: clichés, lugares comunes, en el vocabulario y los giros "literarios" de la traducción, Arlt encuentra un lenguaje escrito a partir del cual construir —en la lectura— su "propia" escritura. Apropiación de la literatura, lectura escrita, la traducción define, un cierto espacio de lectura donde el texto de Arlt encuentra un lugar que lo condiciona y lo desclafa.



El escritor fracasado

Escritura que paga en "condiciones bastantes desfavorables" la deuda de su origen, en última instancia, en Arlt el fracaso es lo único que permite realizar el deseo ilegítimo, "imposible", de escribir. Por un lado, Astier encuentra la literatura en la transgresión y el delito. Al mismo tiempo, entre la vida de Baudelaire, poeta maldito, que "no vale nada" cuyos "hermosísimos versos", apropiados durante el robo a la biblioteca, también sufren la devaluación del traductor ("Yo te adoro al igual que de la bóveda nocturna", subrayo yo, ver p. 59); y la visita al poeta parroquial, elogiado en *Time*, traducido al italiano, frente a quien Astier admite —por única vez en toda la novela— su relación con la literatura (¿Escribe? Sí, prosa", ver en este mismo número de *Los libros* p. 20), el relato va construyendo una cierta metáfora del escritor: en todos la "razón de ser" es el fracaso y este destino, "inevitable", culmina con el cuento del *Escritor fracasado* (ver N.C. t. III p. 220). En este sentido habría que decir que en esa historia se cierra el proyecto de escritura cuya génesis narra *El juguete rabioso*: los dos textos pueden ser leídos como un solo relato en el que "los deleites y afanes de la literatura" se realizan en la destrucción y la pérdida, en esa "nada infinita" que concluye el relato. (ver p. 244).

Por un lado, para Arlt el fracaso es la condición misma de la escritura, pero a la vez —en el revés de la trama— se entiende que la visita al poeta parroquial, haya sido sustituida en la

versión final de *El juguete rabioso* por el encuentro con Vicente T. Souza, experto en "ciencias ocultas y demás artes teosóficas" (ver p. 81). El canje sustituye al poeta por el mago: los dos capítulos tienen la misma estructura y el mismo sentido "iniciático", pero el desplazamiento viene a resolver imaginariamente las dificultades concretas, que marcan los límites sociales de una práctica. De este modo, paralelamente se puede encontrar en Arlt una propuesta del escritor como ladrón, delator, inventor, poeta maldito (una mezcla de Edison, Rocambole, Napoleón y Baudelaire, ver p. 102) que está más allá del bien y de la razón. Acceso mágico a la belleza y al lenguaje, negación de las determinaciones del trabajo y del dinero, en esta imagen invertida se hacen ver, justamente, las prohibiciones y las carencias que el relato describe al narrar los tropiezos de su propia gestación. Esta ambigüedad define la ideología literaria de Roberto Arlt: en el vaivén entre la omnipotencia y el fracaso una cierta significación imaginaria hace a la vez, de la riqueza y de la pérdida, el símbolo de la escritura. ¿Qué hay que tener para poder escribir? Puesta en escena de una literatura y de sus condiciones el relato de Arlt no hace otra cosa que repetir esa pregunta que le da lugar. "¿Qué era mi obra? ¿Existía o no pasaba de ser una ficción colonial, una de esas pobres realizaciones que la inmensa sandez del terrufo endiosa a falta de algo mejor?", esta duda del *Escritor fracasado* (ver 233), remite directamente a los códigos de lectura que al decidir el valor y la propiedad de "lo literario", permiten explicar la fatalidad social de un fracaso inevitable.

Síntoma de esas circunstancias, en el trayecto de Astier se narran las interferencias que se sufre, desde una determinada clase, para *llegar* a la escritura; al mismo tiempo en el texto se van definiendo las condiciones de producción de una literatura. Condiciones de producción, códigos de lectura, es esta relación la que ahora es preciso reconstruir para encontrar —en el pasaje de la traducción a la legibilidad— el nudo de esa situación particular a partir del cual se ordena el sistema literario en Argentina: la dependencia.

(En el próximo número: *La traducción: legibilidad y génesis del valor*).

Servidumbre de la psicología

Carlos L. Sastre

Didier Deleule,
La psicología, mito científico,
Prólogo de Ramón García,
Anagrama, Barcelona, 1972, 162 págs.

“... el psicólogo se ve reducido a apelar en todo caso a la opinión común. Pero el sentido común dice que la ballena es un pez, o por lo menos, que se parece más a un pez que no a un cuadrúpedo, y en esto el sentido común se engaña: la ciencia que se llama zoología lo demuestra. El sentido común le encontrará a un baobá más análogo con una encina que con una yerba como la malva, y la botánica condenará aquí la opinión del sentido común. Que se nos cite un caso en que la psicología corrija así al sentido común y crearemos en la psicología científica”. Auguste Comte, Consideraciones sobre la marcha de las ideas en los tiempos modernos. (circa 1870).

Tratándose de la psicología, que un libro conjugue una postura epistemológica sólida y precisa con una lectura cuidadosa de los textos que componen la disciplina, resulta tan novedoso como digno de reconocimiento, dada la ausencia de tales aportes desde los clásicos trabajos de Canguilhem. Claro que justamente estas mismas virtudes excluyen al texto del campo de la psicología para inscribirlo en el discurso crítico que subvierte a la ideología dominante. A lo largo de la obra, Deleule no sólo indica que la psicología no es una ciencia, sino que desarticula el andamiaje nocional de la disciplina, mostrando que su constitución es una respuesta gestada al servicio de la demanda de control social.

Precisemos, ante todo, los fundamentos epistemológicos de la crítica. El autor parte del concepto de que “toda ciencia está ideológicamente determinada” y no sólo a nivel de su

uso o instrumentación, —reconocimiento que se ha tornado ya un lugar común— sino también en cuanto “transporta en su seno y a través de un lenguaje que le es propio, una cierta ideología”. Ahora bien, ningún relativismo se desliza aquí, puesto que Deleule destaca inmediatamente la necesidad de “distinguir entre fundamento ideológico de una ciencia y “ciencia” cuyo contenido se agota en su determinación ideológica”. O, en otras palabras, expone con claridad la fundamental asimetría de la relación ciencia-ideología: si no hay ciencia sin ideología, hay en cambio ideologías que pasan por ciencias sin serlo. Su orfandad teórica sitúa a la psicología entre estas últimas; cabe preguntarse, entonces, qué intereses sirve este discurso para que con tanto ahínco se pretenda dotarlo de las orgullosas prerrogativas de la cientificidad. Puesto así el problema, el texto se define como un análisis rigu-

roso del contenido ideológico, socialmente motivado, de las principales tendencias en psicología.

Deleule, con perspicacia, no inicia este recorrido crítico tomando como punto de partida los comienzos de la psicología “científica”, sino mostrando que la supuesta superación de la psicología clásica, atribuida a la psicología concreta de Politzer, no lo es tal, puesto que este punto de llegada es interior a la problemática filosófica que aprisiona a toda psicología. Como lo destaca el autor, “no se da una clase de psicología ‘general’ que no se inicie con un recuerdo de la crítica politzeriana y un homenaje dedicado a la sagacidad del filósofo”. Nada más adecuado, entonces, que iniciar la crítica considerando este proyecto de fundación para la disciplina.

Proyecto que se organiza en torno a un malentendido: una oposición entre abstracto y concreto en la cual este último término se confunde con los “datos” empíricos. Puesto que la noción de drama no es sino el nuevo bautismo que recibe la novela psicológica del siglo pasado a la que contribuyen por igual literatos y psicólogos, “el concepto polémico de ‘concreto’ resulta inadecuado para fundamentar una ciencia psicológica que se afirmó en la segunda mitad del siglo XIX...”. Disciplina desgarrada conceptualmente por las oposiciones entre lo individual y lo general, entre el método experimental y el clínico, y abocada de continuo a zurrir ese desgarrón mediante la promesa de

una futura integración. Según el autor, es la imposibilidad intrínseca a este proyecto la que desplaza finalmente el pensamiento de Politzer a un reduccionismo economicista. La tesis no carece de interés: en lugar de discriminar ideológicamente un buen momento y un mal momento en la obra de Politzer, propone una articulación conceptual entre la totalidad de la obra y la constitución misma de la disciplina psicológica.

Sobre la base de la crítica de este proyecto fundamental se hace posible desbrozar el andamiaje nocional de la psicología, describiendo su orden lógico y su instrumentalidad social sin preocupaciones historicistas.

Antes de centrarse en el conductismo de Watson, pensamiento que considera modular a efectos del análisis de la psicología, Deleule rastrea los orígenes de la disciplina —en cuanto pretendida ciencia— en dos escuelas que son a la vez dos paradigmas: la psicología experimental y la caracterología. La primera, confundiendo ciencia y técnica, importa “de la física y de la química” artificios manipulatorios, pero asiste a la desdicha de que con esos recursos que le son tan caros disuelve su objeto, lo psíquico, aquél de la intuición que quisiera reconstruir. La caracterología, en cambio, y luego todas las tipologías, elevan esa intuición, esto es, el sentido común que programa al investigador, al rango de metodología.

La trasposición analógica de las nociones de la vida cotidiana a la disciplina produce aberraciones ideológicas y descripciones de soberana pobreza, que Deleule cita irónicamente.

El conductismo de Watson, de raigambre evolucionista, viene a resolver esta disyunción reivindicando la necesidad y la conveniencia de disolver el objeto: no se tratará ya de lo psíquico, sino del comportamiento. Ante la tradicional oposición alma-cuerpo, propone la nueva oposición organismo-medio y las nociones que de ella se derivan. Respuestas y estímulos, individuo y sociedad, innato y adquirido son los términos en juego en una teorización que alimentó por igual la psicología animal y las ilusiones de marxistas como Naville. Pero, como lo destaca Deleule, el uso del modelo biológico no es inocente: lo funda una presupuesta analogía entre el medio natural y el

medio social, que sólo puede apoyarse, a su vez, en la convicción de que no existe ruptura entre naturaleza y sociedad. Ahora bien, si la adaptación regula la relación del organismo al medio natural y esta relación es análoga de la que el individuo mantiene con el medio social, a la psicología conductista no le cabe otro destino que poner su bagaje nocional y sus recursos técnicos al servicio del proyecto ideológico de adaptar. Por esta vía Deleule demuestra que el conductismo de Watson registra, en su campo específico y en un alto nivel de abstracción, una demanda de control social propia de la sociedad industrial: la de metodologías que garanticen el ajuste.

Nada más adecuado, entonces, que la articulación de este trasfondo ideológico con las primeras aplicaciones de la psicología en el ámbito laboral. Taylor y sus continuadores, persiguiendo la adaptación, la desarticulan en organización y racionalización de la empresa, por una parte, y en selección, capacitación y motivación del obrero, por la otra. Así, dictados por los objetivos ideológicos de la clase dominante, nacen los objetos que se da la psicología laboral. La preocupación por medir funciones con precisión, que alentaba en la primitiva psicología experimental, es sustituida por la preocupación de clasificar con eficacia a los individuos. Los tests de aptitudes, y luego, los de personalidad, serán los instrumentos idóneos a este proyecto, en tanto arrojan resultados que permiten ordenar a los individuos según su grado de adaptación social. Resulta particularmente interesante mencionar las reflexiones de Deleule relativas a “las críticas humanistas”: que se dirigen a esta psicología laboral. Ellas se centran en el posible “mal uso” de dichos recursos, sin percibir que el uso antecede a los recursos y los constituye internamente. Ante tales críticas, el taylorismo, ideología menos disfrazada, resulta una suerte de “conciencia crítica de la exacta finalidad de la psicología moderna y de sus técnicas”. Deleule define a la psicología como “una ideología de recambio”, que pretende alternativamente “cambiar al individuo para no cambiar el orden social-cambiar al individuo con la esperanza de cambiar el orden social”.

El psicodrama de Moreno ofrece al autor un material óptimo para desentrañar la combinación de estas

estrategias de control con un credo humanista. El desajuste subjetivo, la crisis espiritual, encuentran un supuesto origen en el desequilibrio que nuevas condiciones materiales, dictadas por el progreso técnico, introducen en las relaciones sociales. Afortunadamente, hay un “más allá” al cual apelar como panacea: la naturaleza humana. Ella guarda, en todos y en cada uno por igual, en tanto que humanos, reservas de “espontaneidad y creatividad”. Bastará entonces crear las condiciones, el “teatro” para su desdicha controlada y el desajuste será progresivamente reducido. Allport, entre otros, desarrollando la noción de “participación” sumará sus esfuerzos al robustecimiento de esta ideología. Como lo indica Deleule, la reducción del conflicto social a supuestas constantes de la naturaleza humana es un recurso de gran valor efectivo, puesto que fascina las conciencias en “la sustitución de la opacidad de las relaciones de clases por la transparencia de las relaciones humanas”. Así se conjugan, salvándose mutuamente, las reivindicaciones humanistas y las necesidades del control social.

No escapa tampoco a la crítica del autor la psicología clínica gestada dentro de este marco ideológico. Citas de Rogers y Linder, entre otros, muestran el desnudo reconocimiento de estos autores sobre el carácter pedagógico y adaptacionista de la práctica psicoterapéutica que ejercen. Claro que, —señala Deleule— esa pedagogía enarbola nociones que si bien no la determinan conceptualmente intentan justificarla moralmente. Reconocimiento de la persona, expresión de la autenticidad, logro de la autenticidad, logro de la empatía, son algunos de los términos destinados a conciliar la autoridad socialmente sancionada del terapeuta con la sumisión egosintónica del paciente. No resulta difícil advertir que esta terapéutica se constituye por la trasmutación del inconciente freudiano en la “mala fe” sartreana con sus “connotaciones moralizantes” y por la inversión del papel determinante de la sexualidad sobre la psicopatología, inversión según la cual —cita Deleule a Karen Horney— “los trastornos sexuales son el efecto más que la causa de la estructura del carácter neurótico”.

Para concluir, algunas reflexiones críticas sobre este libro cuyo gran valor teórico deseáramos haber lo-

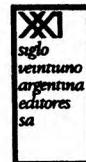
grado expresar en esta reseña. Imposible no coincidir con Deleule cuando demuestra que la psicología "responde, en realidad, al proyecto de la sociedad industrial, a la necesidad que ésta tiene de seleccionar y orientar a sus individuos en el medio laboral y, por lo tanto, en el medio escolar... y cuando agrega que "la psicología patológica, a su vez, aporta un cierto número de respuestas a las cuestiones planteadas por la 'mutación' de la sociedad y los males que de ello resultan". Pero sería igualmente legítimo señalar que otra de las funciones de control social que ejerce la psicología es la de disolver el discurso subversivo del psicoanálisis freudiano. El control no se ejerce sólo sobre las relaciones sociales, sino también sobre los sistemas de ideas y puede ser tan necesario al sistema ocultar éstos como manipular aquéllas. Si bien Deleule no deja de recordar que el tercer golpe duro al narcisismo "está lejos de haber sido aceptado y parece incluso, por razones por otra parte evidentes, que presenta un obstáculo que nadie desea realmente superar", no extrae de esta afirmación las im-

plicaciones causales, determinantes de la constitución de la ideología psicológica que revelarían que su necesidad está, también, en la sustitución del psicoanálisis freudiano. O, en otras palabras, que "la opacidad de las relaciones de clases" no es la única que la psicología contribuye a desvanecer: la psicología intenta negar la opacidad del sujeto para sí mismo.

En segundo lugar, el texto presenta ausencias de tal importancia que debieron ser, al menos, teóricamente justificadas. La crítica de una disciplina no es el inventario de los autores que abarca, lo sabemos. Pero que un texto que pretende dar cuenta de la psicología como campo ideológico, y que cita alrededor de sesenta autores omite toda referencia a la psicología genética de Piaget, destine sólo un párrafo a un aspecto muy secundario del pensamiento de Wallon y no considere específicamente los fundamentos fenomenológicos implícitos en las concepciones de ciertos autores citados pero explícitos en la obra de investigadores como Merleau-Ponty y Jaspers, parece señalar que el autor encuentra aún cierta dificultad para someter la disciplina a un examen crítico que debería ser exhaustivo, no en la enumeración de autores, proyecto imposible, pero sí en la consideración de las distintas "soluciones" que la psicología ha encontrado para sus dilemas.

Finalmente, si es verdad que el libro de Deleule revela, tal como se lo propone el autor "el espíritu de la psicología moderna", no es menos cierto que deja en la sombra el problema de su estructura. En la introducción, Deleule indica que ha "querido trabajar en el marco de una lógica de los conceptos", pero esa lógica nunca se hace explícita en el texto, puesto que no se produce el concepto de las leyes que anudan el campo ideológico, dotando a la "combinación continua de variaciones" de una racionalidad resistente y generativa. Claro está que esta falta no es de Deleule: si no puede cumplir por entero su promesa introductoria de aportarnos una "lógica de los conceptos", es en virtud de la ausencia, —como él mismo escribe— de "una teoría de la ideología cuyos primeros jalones se vislumbran ya hoy en día, aquí y allá".

Finalmente, si es verdad que el libro de Deleule revela, tal como se lo propone el autor "el espíritu de la psicología moderna", no es menos cierto que deja en la sombra el problema de su estructura. En la introducción, Deleule indica que ha "querido trabajar en el marco de una lógica de los conceptos", pero esa lógica nunca se hace explícita en el texto, puesto que no se produce el concepto de las leyes que anudan el campo ideológico, dotando a la "combinación continua de variaciones" de una racionalidad resistente y generativa. Claro está que esta falta no es de Deleule: si no puede cumplir por entero su promesa introductoria de aportarnos una "lógica de los conceptos", es en virtud de la ausencia, —como él mismo escribe— de "una teoría de la ideología cuyos primeros jalones se vislumbran ya hoy en día, aquí y allá".



Libros de Siglo XXI para la Argentina de hoy

Dario Cantón
La política de los militares argentinos, 1900 - 1971
 168 pp.

Dario Cantón
Elecciones y partidos políticos en la Argentina
 Un análisis exhaustivo de las elecciones desde 1910 hasta hoy. 280 pp.

Gerardo Duejo
El capital monopolista y las contradicciones secundarias en la Argentina
 Estudios fundamentales para comprender la realidad política actual. 160 pp.

Miguel Murmis / Juan Carlos Portantiero
Estudios sobre los orígenes del peronismo
 130 pp.

Armand Mattelart
Agresión desde el espacio
 Cultura y napalm en la era de los satélites. 280 pp.

Fernando Solanas y Octavio Getino
Cine, cultura y descolonización
 El cine como instrumento de liberación. 280 pp.

Eduardo Jorge
Industria y concentración económica, 1914-1945
 200 pp.

Eduardo Galeano
Las venas abiertas de América Latina
 422 pp.

Cardoso y Faletto
Dependencia y desarrollo en América Latina
 176 pp.

Mónica Peraza Ramos
Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina (1930 - 1970)
 192 pp.

José Leite López
La ciencia y el dilema de América latina: dependencia o liberación
 221 pp.

Mario Casalla
Razón y liberación
 Notas para una filosofía latinoamericana. 152 pp.

Darcy Ribeiro
El dilema de América Latina
 368 pp.

Oscar Braun
Comercio Internacional e imperialismo
 132 pp.

CARLOS MARX FEDERICO ENGELS



La guerra civil en los Estados Unidos

—prólogo del ensayista francés Roger Dangeville—

En el curso de estos últimos años, cuando se produjeron revueltas negras en las ciudades norteamericanas, Frantz Fanon comprobaba que los blancos habían aceptado a los negros sin un verdadero combate de los esclavos por la abolición de su status. Al no abolir los negros por sí mismos la esclavitud, no hubo una verdadera liberación, habiéndoles por el contrario los amos blancos encerrado en

la trampa de una emancipación formal. En lugar de actuar, los negros sobrellevaron la acción: el cambio vino desde afuera. En sus artículos Marx y Engels denuncian con energía las numerosas astucias políticas utilizadas por las clases dominantes para salir del trance. Siempre repitieron que esas astucias resultaban caras. (Del estudio preliminar de Roger Dangeville).

Ediciones LA ROSA BLINDADA

XXI CORDOBA 2064 - TEL. 45-7609 / 46-9059 y 49-2614
 Atención al público de 8.30 a 20 hs.

...Y el azar hizo al hombre

Carlos Bertoldo

Jacques Monod, Louis Althusser, Jean Piaget
Del idealismo "físico" al idealismo "biológico"
Editorial Anagrama, Barcelona, 86 páginas.

En la crítica a los ideólogos burgueses (o los aprendices de ideólogo) que se reclaman de la ciencia, aparece un problema que muchas veces se soslaya de uno u otro modo. Este problema consiste en que por una parte hay que considerar el contenido explícito de los planteos que se realizan en el contexto específico de una rama del conocimiento. Aparecen allí verdades objetivas establecidas como fruto de la investigación (praxis) e "ideas" nuevas, más o menos en claro sobre su propia objetividad relativa, que se tratan de colocar en los espacios o regiones no conocidas, estableciendo relaciones entre los fragmentos y las verdades parciales.

El otro aspecto del problema se refiere al lugar que sus trabajos de "divulgación" (dicho con toda ironía) ocupan en el aparato justificatorio del "statu quo", cosa que en general se disfraza bajo la intención de incorporar las últimas novedades, de la biología molecular en el caso de Monod, al progreso de la lucha en "común" contra el oscurantismo, las religiones y las otras expresiones No Científicas.

Ambos aspectos deberían unirse en una síntesis crítica que entreteja el juego de las verdades objetivas, las verdades parciales y las justificaciones en un fresco dialéctico que muestre cómo esos elementos se alimentan entre ellos. Y esto en verdad es una tarea difícil. Quizás *incluso* porque

nuestro lenguaje es un lenguaje lineal, causal, que no está desarrollado todavía en la descripción de la riqueza de las relaciones entre la estructura y la superestructura, en los objetivos y lo subjetivo, en dos palabras, que no puede plantear todavía la famosa cuestión de lo que fue primero (o segundo), si el huevo o la gallina, o el huevo o el huevo en los términos de un *proceso*, de manera convincente, y para que lo entiendan todos.

En un artículo anterior (v. Los Libros No. 24) el peso del enfoque, quizás por la indignación, también porque es más sencillo, estuvo puesto en la demitificación del papel de explicador de la vida, las proteínas y la política que emanaba y galardonaba el ataque al marxismo "filosófico" y político hecho por Monod en su libro "El Azar y la Necesidad".

El libro editado por Anagrama reúne una "lección" inaugural de Monod, al tomar posesión de una cátedra en el College de France, y un comentario de Piaget sobre el libro arriba mencionado, publicado por Monod tres años después de dicha lección.

Estos tres escritos traen a colación lo que se decía al comienzo. Los artículos de Althusser y de Piaget representan cada uno, una de esas dos vertientes de análisis posibles, de un texto que desde una ciencia particular va a la *política*. Althusser, brevemente, presenta al discurso de Monod como ejemplo de ciertos aspectos de su estructuración de las ideologías: la "filosofía espontánea de los científicos" y la "conciencia del mundo". Su bistrifurcación realiza la tarea del señalamiento de niveles y de elementos, señalamiento que

puede funcionar útilmente como punto de partida de un análisis más profundo. Aborda el aspecto ideológico-cultural del escrito de Monod, pero se olvida mostrar su inserción en la cuestión del ejercicio del poder en la sociedad capitalista. Así es que a fuerza de tanto análisis, no se resuelve el paso sintético que ponga de manifiesto que el todo no es la suma de elementos y niveles, sino su interacción en un cierto ámbito de la lucha de clases. Por ello Althusser termina un poco ingenuamente, es decir apolíticamente, en un consejo a los científicos (y los filósofos: ¿quiénes son estos personajes?), de que tengan claro que su filosofía espontánea está en relación por medio de la filosofía, con una concepción del mundo (p. 50). Lo que Althusser no aclara es que saber esto en la sociedad burguesa no tiene mayor importancia para los científicos ni para los "filósofos", que rara vez llegan a tomar posiciones políticas a través de la crítica de su "ciencia". Esta claridad es importante para los que no siendo lo uno ni lo otro no deben dejarse encandilar por los títulos científicos, con los que alguien, buen biólogo por ejemplo, pretende introducirse malamente en la lucha ideológica, rama de la lucha política.

El artículo de Piaget, bajo el signo de las buenas costumbres, critica algunos de los aspectos más esencialmente "científicos" del libro de Monod, Piaget, entre otros, discute a Monod su apuntalamiento del "azar" como motor de procesos (particularmente el del desarrollo de los "seres vivos") y su negación de la dialéctica, que según Piaget, Monod aplica, a pesar de sus críticas contra ella. Sin

embargo, las consideraciones de Piaget no aclaran a fondo una serie de puntos, por ejemplo, infidelidades de Monod a las ciencias específicas que ambos aceptan y practican, y que Monod comete en su afán de construir su proposición "superadora".

Y la razón de ello puede verse en la limitación a lo estrictamente "científico" que resulta muy importante para Piaget, que lo cercena, y que surge a la vista cuando se apresura a aclarar que su ser dialéctico no es el de "ninguna escuela" (p. 52). No ve en esto que en la sociedad burguesa uno no puede ser *dialéctico* sin pertenecer a la escuela, quizás todavía algo desdibujada en ciertos campos del conocimiento, del materialismo histórico y dialéctico. En el juego de las verdades parciales, ideología de la tecnocracia y el cientificismo, Piaget se confunde y llama ser dialéctico al ser *objetivo* en el conocimiento de los procesos específicos a que dedica su esfuerzo creador de ideas y conceptos verdaderos.

Veamos uno de los problemas en que Monod pasa de los conceptos "científicos" a la irracionalidad, el del azar. Divide Monod al azar en esencial y operacional (cap. VI, "El azar y la necesidad"), y a aquél lo convierte prácticamente en una "fuerza" impulsora del surgimiento y el desarrollo de las especies "vivas". Se olvida que el azar en términos científicos solo existe como un tipo de relaciones que a través del cálculo de probabilidades mide la "intensidad" de vinculaciones entre fenómenos o procesos, cuyo mecanismo, modo de relación o cuyo grado de relación no puede determinarse por razones históricas de desarrollo científico o técnico. La suerte del Dr. Dupont (que para Monod ejemplifica el azar esencial) que por un martillo que cae de un techo encuentra la muerte, tiene tan poco que ver con el azar como con los horóscopos. Dupont no planificó pasar por debajo del martillo en el momento en que éste llegaba a la altura de su cabeza, como tampoco planificó nacer de la unión del espermatozoide No. 45,768,932 con el óvulo No. 274 de los papás Dupont. Pero ninguna de esas casualidades es motor de nada que haga a la esencialidad del Dr. Dupont, en base a la cual su proceso sea uno y no cualquiera, pero también el proceso de muchos otros Dupont. Después del martillo, Dupont está muerto, y la esencialidad de la muerte de Dupont

es ya sólo problema de la Sra. Dupont, y en particular de lo abultado de su patrimonio, o de la calidad de Monod a las ciencias específicas que ambos aceptan y practican, y que Monod comete en su afán de construir su proposición "superadora".

Esta cuota de irracionalidad de Monod, que no tiene en cuenta que la relación de azar se establece entre cosas que tiene relación y no entre las que no la tienen, que lo entroniza en algo inmaterial que rige los procesos, se reproduce en la jerga que habla de la "arbitrariedad" o "gratuidad" (p. 29, "Del idealismo...") de ciertas interacciones químicas, la "espontaneidad" de los desarrollos evolutivos, que crean un "proyecto" para los seres vivos en la perpetuación de la especie. Se olvida que no existe el árbitro que decida, ni la "liberación" de la espontaneidad que motorice, ni un "proyecto" (o "antiproyecto") de muerte, tan esencial a los seres vivos como la perpetuación de la especie.

Monod mete el azar para cubrir la distancia entre lo deducible y lo explicable. Según él, el desarrollo de la biosfera no podrá haber sido "deducido" de los principios primeros y por lo tanto no es "deducible", pero sí "explicable". Todo esto es farsa. Deducible en su nomenclatura adquiere el sentido de producible, y explicable el de comprensible, con lo que implica para la "explicabilidad" una menor perspectiva de operabilidad que la de la "deducibilidad".

En este juego lingüístico olvida que deducción y explicación son aspectos de un mismo proceso: ambos se reúnen en la posibilidad material de reproducir o esperar un fenómeno, *deduciendo* para una situación concreta de aquí y ahora, o del mañana, lo que se entendió, conoció, hasta un nivel cualitativo y cuantitativo tal que se lo puede *explicar*.

Con el azar constituido en fuerza, Monod necesita caer en la reclamación de lo absoluto. No entiende qué es la objetividad de la Naturaleza, así con mayúscula según él, como un nombre propio. Cree que con esto significa la no existencia de una mente racional, ideal, subjetiva, dios, que la hace procesar. (No entiende que la objetividad de la naturaleza es simplemente la materialidad de la materia que a veces se nos manifiesta como un martillazo en el cráneo). Entonces le pone una pizca de azar, motoriza con ella a la naturaleza, y pone una segunda objetividad, como un planteo ético, puro, indestructible e indemostrable, en los científicos. Confunde Monod la objetividad de una idea, una concepción, que permite deducir y explicar cómo es la interacción del mundo y con el mundo que nos rodea, con la materialidad de la naturaleza que no necesita ser pensada para existir en su multiplicidad de relaciones de innumerables elementos, todos ellos armazones de materia con mayor o menor grado de complejidad.

3 libros 73

IMPRESIONES DE AFRICA — Raymond Roussel

Primera edición en castellano de la obra más importante de este precursor fundamental. "El lector cree reconocer los vagabundeos sin meta de la imaginación, cuando en realidad no hay allí nada más que los azares del lenguaje, tratado metódicamente". (Michel Foucault)

ORFEO DE LA CONCEPCION — Vinicius de Moraes

La pieza en que se basó el conocido film *Orfeo Negro*, y que nos muestra un Vinicius inédito, un Racine transplantado a las favelas brasileñas.

DIARIO DE UN PRESO — Eduardo Perrone

El arte superado por la realidad en el trágico relato autobiográfico de una víctima de la "justicia" del sistema. Un testimonio inédito desde dentro del infierno.



Ediciones de la Flor

Uruguay 252 - 1º B
Buenos Aires

los libros de marzo



EDITORIAL
TIEMPO
CONTEMPORANEO



VIAMONTE 1453
TEL. 45-9640/5128 46-5130 - BS. AS.

Teoría de los procesos insurreccionales contemporáneos.
Emilio Lussu

Comunicaciones: Análisis de las imágenes
Christian Metz,
Humberto Eco y otros.

Por una vanguardia revolucionaria
Edoardo Sanguineti

Chip, el del ojo verde
Ira Levin

Herraduras y otras historias
Ring Lardner

Eva
James Hadley Chase

Reimpresiones:

Comunicaciones: Lo verosímil
Roland Barthes y otros
2ª Edición

Análisis de Marshall McLuhan
N. Kattan, J. Baudrillard y otros
2ª Edición

¿Acaso no matan a los caballos?
Horace McCoy
2ª Edición

Polémica sobre realismo
George Lukacs, T. W. Adorno
Roman Jakobson,
Ernst Fisher, Roland Barthes
2ª Edición

Pretencioso como Juan Moreira

Oscar Steimberg

Luis Gusmán
"El Frasquito" *
Ediciones Noé, 89 págs. 1973

Honradamente, la primera novela de Luis Gusmán comienza con un prólogo. Cuando el prólogo de una primera novela es autorialmente ajeno se parece obligadamente a los artículos periodísticos de presentación, a los avisos y a los textos de solapa de los libros lanzados (aún sin prólogo) al mercado literario; pero con la diferencia que introduce la contigüidad declarada entre la presentación y lo presentado. Desde un cierto impudor de la inteligencia, se nos invita así a reconocer con menos alarma esa interpenetración entre el goce estético y la mirada crítica que será ya, para siempre, un rasgo de la lectura practicada desde esta zona donde se superponen nociones sobre la muerte de los géneros, redefiniciones analíticas otra vez valorizadas y perversos regodeos en las reminiscencias de una literalidad otra vez marginal, otra vez confesional y resonadora.

Esta honradez no se presenta, es natural, con las apariencias de un mérito de la conciencia, sino más bien con las de una elección del deseo. La novela ha encontrado el modo de ajustar a su ritmo, tersamente, objetos tan distantes entre sí como son la secuencia fantasmática de las relaciones entre seres que se desean, se poseen y se castran, atra-

pados por el mundo verdadero de los sueños; las enumeraciones, casi artificio de costumbres, de los emblemas vestimentarios queridos por un adolescente; y las citas de tangos, cuando son verdades reflexivamente a una prosa que las contextualiza hasta casi explicarlas. Pero entonces se hace prologar por un ensayo en el que la reflexión sobre ese ritmo es casi soslayada, en bien de un análisis destinado a rastrear en el texto la presencia de la Ley paterna, de la lógica del oro y la posesión. No se trata precisamente de un desacierto: alternativamente, el texto es ahora soporte de una indagación ideológica y prueba del azar de su existencia; afirmación de la posibilidad de traducción de los síntomas y colección de misterios, con zonas de resistencia preferentemente ubicadas en su superficie.

Esa superficie no parece tener figuras; sí, en cambio, vueltas sobre más de un eje. Acostumbrados ya a un camino neblinoso pero conocido, con señales faulknerianas, nos encontramos de pronto caminando cabeza abajo, en la línea de las acumulaciones objetivistas.

El manejo de las conexiones, nada abrupto, no parece querer ocultarse: hay blancos, títulos, pases de capítulo tranquilamente conspicuos y puntuales. Y hay claros conceptuales, también sorprendivos, que lacunarizan esa atonía de la conciencia desde la que parecía haberse proyectado la narración: "habría que llevar esto

hasta las últimas-primeras consecuencias..."

Esos claros son vehiculizados por un lenguaje que casi nunca es el del cuerpo confesional-onírico del resto de la novela. Y que se aparta por su léxico o su ritmo del "lenguaje bajo" del resto de la narración.

Aquí, otra vez la lectura. No ya contigua; no, ya, resguardada por el egoísmo de la búsqueda de la propia coherencia. Una nota crítica lanzada a la seducción de sí misma, a través de una sucesión cerrada de antemano de preguntas y respuestas, iluminó sin desearlo el punto de ruptura (la originalidad, el buen gusto) del relato que trataba de alejar.

Se habla ahora de un "texto elitista, pretencioso, deliberadamente críptico, en el que se infiltran los elementos más conocidos y difundidos del psicoanálisis". La frase está destinada a impugnar las conexiones que se postulan entre "El Frasquito", por un lado, y el sainete y el gauchesco, por otro. Por supuesto: si es así, no se entiende bien dónde está lo pretencioso; pretenciosos eran los diagnósticos de Eduardo Gutiérrez, cuando en Juan Moreira hablaba de la mirada enamorada de la vital, tierna, sencilla Vicenta:

"Era tal el estado de aquella infeliz que el fósforo que había encendi-

*Nora Dottori en "7 Días", Nº 300, p. 75-76.

LIDELA

LIBROS DE LATINOAMERICA

LIBRERÍA - EDITORIAL

LIBROS URUGUAYOS PARA EL MUNDO

- Inscribese en nuestro registro y recibirá gratuitamente nuestro boletín periódico de novedades

- Servicios especiales para profesores y universitarios.

C. C. 1604
Correo Central
MONTEVIDEO



Dirección para la
Argentina:
C.C. Nº 11
Sucursal 28 (B)

do se apagó entre sus dedos, sin que la quemadura fuera bastante para hacerla volver de su asombro. Sus labios habían cesado de moverse, y estaba allí estática, con la vista clavada en Moreira, con la expresión del idiotismo que caracteriza el semblante de un microcefalo".²

¿O es que las inserciones en la literatura de la nosografía psiquiátrica del siglo diecinueve son menos pretensiosas que las de los conceptos psicoanalíticos? Queda la duda acerca de lo que pudiera haber de maldito en el carácter "difundido y conocido" de estos conceptos: ¿la valoración hubiera cambiado de signo si en "El Frascuito" se propusiera alguna novedad teórica? Falta aclarar, de todos modos, que el carácter "pretendidamente" psicoanalítico de la novela es fruto de una interpretación. Pero el que busca encuentra, y a través de estas exasperaciones puede intuirse paradójicamente la presencia, en la obra impugnada, de un rasgo que descubre el interés de su propuesta estética.

En la nota se piden obras "sin falsos gestos, sin estridencias, sin histeria, sin prólogos". . . y "con ideología clara". En el ruego se advierten componentes antiguos: el temor a lo inesperado, el rechazo de la mezcla. Porque sucede que "El Frascuito" mezcla: mezcla lenguajes, ideas, posiciones de lector y autor. La "calidad" esperada se resiente cuando el lenguaje bajo del narrador interno se convierte, por una piqueta sintagmática, en la oratoria de un observador de la cultura. Pero esta quiebra de calidades parece ser el requerimiento, el cual la obra evita que ese lenguaje bajo —de tan prestigiosa masticación en nuestra literatura— se constituya una vez más en el código transparente de una propuesta estilística ríspida.

La alteración de registros, las variaciones de longitud, las fragmentaciones, acompañan aquí a una compleja alternancia de lenguajes. El rechazo general del lenguaje alto canaliza, alguna vez, el deseo de ocupar el lugar del padre, a través del investimento de uno de sus emblemas: el hablar porteño estereotipado en frases de tango. Pero enseguida cae ante el sobrerrealismo de la descripción del Paraguayo, que se aleja, en la búsqueda de un escenario simbólico,

del lenguaje bajo para iluminarse en las anfractuosidades de un grotesco ya lautremontiano.

Sin embargo, estas alternancias no se suceden con la entera fluidez con que se sustituyen el afuera y el adentro de una banda de Moebius: los hiatos, los títulos, las anécdotas truncadas nos invitan a registrar el hecho de que la alternancia misma es, aquí, tan importante como sus términos.

Estos saltos estilísticos dicen también, por supuesto, algo sobre la realidad. La referencia al gauchesco debe complementarse con una explicación de diferencias. En la lineación verbal de las estrofas del Martín Fierro está la búsqueda de una confirmación de posesiones; en los textos de "El Frascuito" alienta, opuestamente, la intuición contemporánea de que el texto sólo es representativo de sí mismo, y sólo a través de ese modo de significación inmanente se relaciona con las otras esferas de la significación.

De ahí el interés con que busca el desencuentro entre realismo y lenguaje realista; con que tematiza este corte, a través de títulos y denominaciones que fragmentan las frases hechas, las duplican o encabalgan, dejando que las palabras sagradas del lenguaje popular expongan su sentido más allá de las condiciones de su uso.

Alguna intransitabilidad es establecida por esos cortes entre este lenguaje y el lenguaje del sainete, aludido también por los comentaristas. La relación entre ambos parece ser, en todo caso, una relación irónica, si pensamos a la ironía como una figura retórica que alude, más que otras, al conocimiento compartido entre emisor y receptor de una diferencia entre la palabra y su mundo. Y con respecto al gauchesco, en ese mismo plano retórico, las oposiciones son aún más definidas.

En "El Frascuito" hay ironía donde en el gauchesco hay alegoría desafiadora, suma aritmética de metáforas creyentes. Y hay atonía, humildad de discurso que se sabe siempre a medio camino entre la reflexión y la poesía, allí donde hubo parada nombradora, despliegue de un lenguaje que quería tragarse a las cosas. En Juan Moreira, el personaje que llega con el cerebro abrasado por la pasión sumerge literalmente la cabeza en agua fría, con el objetivo evidente de que la palabra balde lo proteja de la palabra pasión. En "El Frascuito", en cambio, el Paraguayo, investido con todas las insignias del padre y dedicado, para mayor abundamiento, a perforar la Tierra con sus músculos y su pala poderosa, sufre de pronto un estallido (naturalmente, implícito) que lo convierte en un paraguayito real, monstruoso; en unas tetas grandes y marrones que le ocupan todo el pecho y lo mandan a vivir al mundo de los desastres simbólicos. Realmente, si esto no es humorístico (y no lo es, al revés de lo que sucede ya, culturalmente, con aquellos párrafos de Gutiérrez) es porque hay otro plano más en el que la nota del ciego descubrimiento³ se equivoca mucho. Sucede que el Edipo sigue asustando a todos; esta costumbre psicológica funda seguramente el hecho de que el horror y el placer del descubrimiento sustituyan, en la lectura de "El Frascuito", a ese posible humor. Y también la circunstancia de que "El Frascuito" sea una buena novela: buena para sorprenderse, para no entender, para resignarse a pensarla en términos de unidades extensas, todavía imprecisas, más cercanas que las de otros juegos a las asociaciones que nos permite nuestra condición de personajes hablados por discursos todavía no dominados por su léxico.

Entre los antecedentes de "El Frascuito" estuvo, por supuesto, "El Fjord" de Osvaldo Lamborghini: una historia vehemente del modo como unos monstruos porteños son devorados por un mapa de palabras; y estuvo también algún extenso párrafo de "Cancha Rayada" de Germán García, en la que un delirio teórico pone, más allá de la clasificable frescura de las anécdotas de infancia, lo serio de la emoción.

Entre los antecedentes de "El Frascuito" estuvo, por supuesto, "El Fjord" de Osvaldo Lamborghini: una historia vehemente del modo como unos monstruos porteños son devorados por un mapa de palabras; y estuvo también algún extenso párrafo de "Cancha Rayada" de Germán García, en la que un delirio teórico pone, más allá de la clasificable frescura de las anécdotas de infancia, lo serio de la emoción.

³La crítica de "7 Días" se titula: "¿Quién se asusta hoy del Edipo?".



²Eduardo Gutiérrez: "Juan Moreira".

Libros distribuidos en Buenos Aires entre noviembre de 1972 y febrero de 1973

En el próximo número se incorporarán las novedades recibidas, después del cierre de esta lista, las que por motivos técnicos no pudieron ser incluidas en la misma. Los Libros, convencida de la importancia de la información bibliográfica, consagrará sus esfuerzos editoriales para que ésta sea lo más exhaustiva posible.

CINE

Fernando Solanes
Octavio Getino
Cine, Cultura y Descolonización
Cine, Comunicación de mesa
Siglo Veintiuno, Bs. As.
204 págs., \$ 24,00

ECONOMIA

Síntesis de
Solon Barraclough y Juan
Carlos Collarte
El hombre y la tierra en América Latina
Resumen de los informes
CIDA sobre tenencia de la
tierra en Argentina — Brasil —
Colombia — Chile — Ecuador —
Guatemala — Perú
Universitaria, Sgo. de Chile,
488 págs.

Gerardo Dujou
El capital monopolista y las contradicciones secundarias de la Sociedad argentina
Siglo Veintiuno, Bs. As. 159 págs. \$ 17,00

Jay W. Forrester
Dinámica Industrial
Trad. del inglés de Mercedes P. de Manzanal. Biblioteca de Ciencias Económicas
"Serie de Economía"
El Ateneo, Bs. As., 450 págs.

Marcos Kaplan
Petróleo, Estado y Empresas en Argentina
Síntesis Doamill, Caracas, 164 págs. \$ 16,00

Juan Pablo Pérez Alfonso
Petróleo y Dependencia
Síntesis Dos Mil, Caracas, 242 págs., \$ 20,00

ENSAYOS

Gregorio Badeni
La Opinión Política
Plus Ultra, Bs. As., 138 págs. \$ 19,50

Alvaro Jara
Guerra y Sociedad en Chile
Colec. Imagen de Chile, vol. 14
Universitaria, Sgo. de Chile,
255 págs.

FILOSOFIA

Hegel
La razón en la historia
Trad. del alemán de César Gómez
Introducción de Antonio Trujol
Seminar y Ediciones, Madrid, 333 págs.

Robert Jungk
La Humanidad del año 2000 —
Una visión panorámica de los futuros posibles
Versión castellana de Luis García Villafañe
Colec. Prisma
Monte Avila, Caracas, 351 págs.

Tomás Maldonado
Ambiente humano e ideología
Notas para un ecología crítica
Trad. del italiano de Hernán Cuevas
Colec. Ensayos
Nueva Visión, 166 págs.

Bertrand Russell
Análisis del Espíritu
Trad. del inglés de Eduardo Prieto
Biblioteca del hombre contemporáneo, vol. 14
Paidós, Bs. As., 339 págs. \$ 15,50

LINGUISTICA

N. Trubetzkoy, E. Sapir y otros
Fonología y Morfología, 3º ed.
Biblioteca de Lingüística y Semiología, vol. 3
Paidós, Bs. As., 84 págs. \$ 9,50

LITERATURA EUROPEA Y NORTEAMERICANA

Alphonse Allais
El Capitán Cap

Trad. del francés de Juan Fasio
Colec. Narradores de hoy, vol. 55
Centro Editor, Bs. As., 158 págs. \$ 4,00

Dan Greenburg
Cómo escribir una novela
tróica
Trad. del inglés de Bernardo Gorsd
Biblioteca: Humor de hoy, vol. 10
Horné/Paidós, Bs. As., 142 págs.

Roger Peyrefitte
La calabaza
Trad. del francés de Estela Canto
Colección: Horizonte
Sudamericana, Bs. As., 128 págs. \$ 11,00

Vassilios Vassilikos
Fuera de las murallas
Trad. del francés de José Bianco
Colec. Perspectivas
Sudamericana, Bs. As., 245 págs. \$ 24,00

LITERATURA HISPANOAMERICANA

Guillermo Arias
A la sombra de los días
Colec. Cordillera/Narrativa
Quimantú, Sgo. de Chile, 275 págs.
Segundo Premio Concurso
Krav 1964

Jorge A. Boggio
Historial de las pulperías
Plus Ultra, Bs. As., 313 págs.

Pedro Cardich
Negro Cielo
Plus Ultra, Bs. As., 32 págs. \$ 17,00

Adolfo Colombres
Los días Impositivos
Colec. Narradores de hoy, vol. 63
Centro Editor, Bs. As., 141 págs. \$ 4,00

Marco Denevi
Los asesinos de los días de fiesta
Emecé, Bs. As., 213 págs. \$ 15,00

Valentín Fernando
Baldío al sur
Centro Editor, Bs. As., 131 págs. \$ 4,00
Colec. Narradores de hoy, vol. 60

Adriano González León
Las hogueras más altas
Biblioteca Popular Eldorado, vol. 35
Monte Avila, Caracas, 105 págs.

Luis Gusman
El Frascuito, 2a. ed.
Noé, Bs. As., 86 págs. \$ 13,00

Naldo Lombardi
Tres cosas hay en la vida
De la Flor, Bs. As., 185 págs.

Ernesto Meilbrán
El hombre que amaba
Colec. Cordillera/Narrativa
Quimantú, Sgo. de Chile 75 págs.

Manuel Miranda Sallorenzo
Edad de las ideas
Colec. Cordillera
Quimantú, Sgo. de Chile, 151 págs.

Agustín Pérez Pardella
La esencia viene del norte
Plus Ultra, Bs. As., 213 págs.

Pedro Prado
El llamado del mundo
Biólogo, edición y notas de René de Costa
Colec. Los Fundadores
Universitaria, Sgo. de Chile, 175 págs.

Jesús Ruiz Nestosa
Las musarrías
Colec. Narradores de hoy, vol. 64
Centro Editor, Bs. As., \$ 4,00

Zarko Simat
Entre los mundos
Plus Ultra, Bs.As., 322 págs.

Evaristo M. Urricelqui
Sangre bajo la lupa
Plus Ultra, Bs.As., 157 págs.

PEDAGOGÍA

Martha Brea, Adela Leibovich
de Durante y Lucía Wolff
Guía de orientación vocacional
Centro Editor, Bs.As., 75 págs.
\$ 6,50

Rudolf Dreikurs y Losren Grey
Como lograr la disciplina en el niño y en el adolescente
Guía práctica para padres y maestros
Trad. del inglés de Nora Watson
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 156
Paidós, Bs.As., 198 págs.,
\$ 13,50

Amanda A. Franqueiro
La enseñanza de las ciencias sociales
Biblioteca "Nuevas orientaciones de la educación" "El Ateneo", Bs.As., 82 págs.

Jean Guglielmi
La enseñanza programada en la Escuela
Trad. del francés de Ramón Bilbao

Biblioteca del Educador
contemporáneo, vol. 143 - serie menor
Paidós, Bs.As., 192 págs.
\$ 13,50

M.E.M. Herford, I.M. Marcus y otros
Transición de la escuela al trabajo en la adolescencia
Trad. del inglés de Daniel R. Wagner
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 152 - serie menor
Paidós, Bs.As., 85 págs.

W. James Popham y Eva L. Baker
Planeamientos de la enseñanza
Trad. del inglés de Dolores Valle
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 31 - serie mayor
Paidós, Bs.As., 136 págs.

W. James Popham y Eva L. Baker
El maestro y la enseñanza escolar

Trad. del inglés de José Clementi
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 30
Paidós, Bs.As., 157 págs.

W. Popham y Eva Baker
Los objetivos de la enseñanza
Trad. del inglés de Sibila Martín
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 32
serie mayor
Paidós, Bs.As., 124 págs.

Manuel H. Solari
Historia de la educación argentina. 2º ed.
Biblioteca del educador
contemporáneo, vol. 26 - serie mayor
Paidós, Bs.As., 243 págs.,

POESÍA

Vicente Gerbasi
Poesía de viajes. 2º ed.
Colec. Altazor
Monte Avila, Caracas, 156 págs.

Dukardo Hinestroza
Poemas
S.A. Editions et Régies
Nouvelles, Bélgica

Angel Núñez
Novosotro-Piedra
Rodolfo Alonso Editor,
Buenos Aires, 96 págs.

Miguel Otero Silva
Poesía completa
Ellegie coral a Andrés Bello
Agua y cauce - La mar que es el morir - Umbral - otros poemas
Biblioteca Popular Eldorado, vol. 24
Monte Avila, Caracas, 163 págs.

Concurso Carlos Pezoa Veliz
Poesía 72 Quimantú
Quimantú, Sgo. de Chile, 204 págs.

POLICIALES

Giorgio Scerbanenco
Al servicio de quien me quiera
Trad. del italiano de Juan Giner
Ed. de Bolsillo, Serie negra, vol. 6
Barral, Barcelona, 287 págs.
\$ 22,00

Bram Stoker y otros
Tiempo de asesinos

La literatura del crimen y el suspenso
Rodolfo Alonso, Bs.As., 188 págs., \$ 19,80

POLÍTICA

Derfo Canton
Elecciones y partidos políticos en la Argentina. Historia, interpretación y balance: 1910-1966
Colec. Sociología y Política
Siglo Veintiuno, Bs.As., 217 págs. \$ 28,00

Ted Córdoba - Claire ¿Chile, sí?
Los primeros 800 días de la Flor. Bs.As., 158 págs.
\$ 15,00

Theotonio dos Santos
Socialismo o fascismo
El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano
Prensa Latinoamericana, Sgo. de Chile, 344 págs., \$ 36,00
Periferia, Bs.As., \$ 38,00

Michael Francis
La victoria de Allende - Vista por un norteamericano
Trad. del inglés de Flora Setaro
Biblioteca de Ciencias Políticas vol. 5
Francisco de Aguirre, Bs.As., Sgo. de Chile, 238 págs.

Le Duan
Nguyen Khac Vieu
Vo Nhan Tri
Breve historia del neocolonialismo norteamericano
Oficina, Bs.As., 178 págs.

José Leite López
La ciencia y el dilema de América Latina: Dependencia o Liberación
Trad. del portugués de Mónica Peralta Ramos
Colec. Sociología y Política
Siglo Veintiuno, Bs.As., 221 págs. \$ 24,00

Leslie Manigat
De un Duvalier a otro - Itinerario de un fascismo de subdesarrollo
Versión castellana: José Barbeito
Monte Avila, Caracas, 94 págs.

Patricio Mannus
El movimiento obrero
Colec. Nosotros los chilenos, No 27
Quimantú, Sgo. de Chile, 93 págs.

Sergio Molina Silva
El proceso de cambio en Chile
Prólogo de Raúl Prebisch
Textos del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social
Universitaria, Sgo. de Chile, 220 págs.
Siglo Veintiuno Editores SA., México.

Ernesto Nolte
La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas
Colec. Historia, Ciencia, Sociedad, No 77
Península, Barcelona, 350 págs.

Arturo Paoli
La perspectiva política de San Lucas
Colec. Sociología y Política
Siglo Veintiuno, Bs.As., 185 págs. \$ 22,00

PSICOLOGÍA

Juan Azcoaga
Sistema nervioso y aprendizaje
Centro Editor, Bs.As., 91 págs.
\$ 7,50

W.R. Bion
Transformaciones del aprendizaje al crecimiento
Trad. de Haydée Fernández de Breyer
Centro Editor, Bs.As., 218 págs., \$ 16,50

W.R. Bion
Experiencias en grupos. 2º ed.
Trad. del inglés de Angel Nebbia
Supervisión de Janina Pugat y Martha Guastavino
Biblioteca de psicología y sociología aplicada, vol. 10 - serie fundamental
Paidós, Bs.As., 155 págs.
\$ 21,50

Doroty Corkille Briggs
El niño feliz - su clave psicológica
Trad. del inglés de Oscar Muslera
Granica, Bs.As., 251 págs.

Jean Chazal
La infancia delincuenta. 4º ed.
Trad. del francés de Esther Bernstein
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 176
Paidós, Bs.As., 108 págs., \$ 11,50

Pablo Damiani
Salud y enfermedad mental
Biblioteca fundamental del

hombre moderno, vol. 92
Centro Editor, Bs.As., 127 págs., \$ 4,00

Paul Diel
Psicología curativa y medicina
Trad. del francés de Jorge García Venturini
Biblioteca El Tema del hombre
Troquel, Bs.As., 199 págs.

Horacio Ferreyra Moyano
Cerebro y agriación
Colec. Psicología Galerna
Nueva Visión, Bs.As., 103 págs.

Paul Fraisey y Jean Piaget
Historia y método de la psicología experimental
Tratado de psicología experimental, vol. 1
Trad. del francés de María Teresa Cevasco
Paidós, Bs.As., 247 págs.

Paul Fraisey y Jean Piaget (Compiladores)
Sensación y motricidad
Trad. del francés de María Teresa Cevasco
Tratado de Psicología Experimental, vol. 2
Paidós, Bs.As., 213 págs.

Carl Frankenstein
Psicoanálisis de la externalización
Trad. del inglés de Jorge García Venturini
Biblioteca: El tema del hombre
Troquel, Bs.As., 350 págs.

Arnold Gessell y otros
El niño de 11 y 12 años. 5º ed.
Trad. del inglés de Eduardo Loedel
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 59
Paidós, Bs.As., 126 págs., \$ 11,50

André Green
Jean Nassif
Jean Reboul
Objeto, castración y fantasía en psicoanálisis
Colec. Psicología
Siglo Veintiuno, Bs., As., 77 págs., \$ 9,00

M. Harris y otros
Su hijo de 12 a 14 años
Trad. del inglés de Merta Mastrogiacomio
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 170
Paidós, Bs.As., 124 págs.

M. Harris y otros
Su hijo adolescente
Trad. del inglés de Merta Mastrogiacomio
Biblioteca del Educador

Contemporáneo, vol. 171
Paidós, Bs.As., 151 págs.

C.G. Jung
Psicología y religión. 4º ed.
Trad. del alemán de Ilse T.M. de Brugger
Prólogo, supervisión y notas de la versión castellana de Enrique Butelman
Biblioteca de psicología y sociología aplicada, vol. 2 - serie mayor
Paidós, Bs.As., 168 págs., \$ 22,00

Carl G. Jung
Conflictos del alma infantil
Versión castellana de Ida G. de Butelman
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 148
Paidós, Bs.As., 127 págs.

Ludwig Klages
Escritura y carácter - Manual de técnica grafológica
Trad. del alemán de Blas Sosa
Biblioteca de Psicología de la Personalidad, vol. 11
Paidós, Bs.As., 165 págs.

M. Klein y otros
Nuevas direcciones en Psicoanálisis. 2º ed.
Prefacio de Ernest Jones
Presentación de la edición castellana de Emilio Rodríguez
Biblioteca Psicología del Siglo XX, vol. 30
Paidós, Bs.As., 492 págs.
\$ 17,40

Th. Lidz, R.L. Shapiro y otros
El adolescente y su familia
Trad. del inglés de Daniel R. Wagner
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 151 -

Rogelio García Lupo
MERCENARIOS Y MONOPOLIOS EN LA ARGENTINA
De Onganía a Lanusse, 1966-1973

Ismael Viñas
TIERRA Y CLASE OBRERA

Manuel N. Castex
UN AÑO DE LANUSSE
Del acuerdo increíble al retorno imposible

Centro de Estudios General Mosconi
LOS TRATANTES DEL PETROLEO
T. 1 Los hechos 1955-1962

ACHAVAL SOLO, fabricante de libros
Diagonal Norte 825, Buenos Aires

serie menor
Paidós, Bs.As., 93 págs.

K.B. Madsen
Teorías de la motivación
Un estudio comparativo de las teorías modernas de la motivación
Trad. del inglés de Jorge P. Platigorsky
Biblioteca Psicología del siglo XX, vol. 13
Paidós, Bs.As., 381 págs., \$ 69,50

Melvin Marx y William Hillix
Sistemas y teorías psicológicas contemporáneas
Trad. del inglés de Jorge Colapinto
Supervisión de la versión castellana de Enrique Butelman
Biblioteca Psicología del siglo XX, vol. 14
Paidós, Bs.As., 494 págs.

Rolf E. Muuss
Teorías de la adolescencia. 3º ed.

Bernstein
Biblioteca del hombre contemporáneo, vol. 159
Paidós, Bs.As., 225 págs.

Julio B. de Quirós y M. Della Cella
La distorción en la niñez. 3º ed.

Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 22
Paidós, Bs.As., 373 págs.

Dr. George Weinberg
El homosexual y su liberación
Un revolucionario enfoque psicológico

Trad. del inglés de Martha Mastrogiacomio
Colec. Libertad y Cambio
Granica, Bs.As., 145 págs.

RELIGION

Daniel Callahan (selección e introducción)
Contracepción: Un punto de vista católico
Trad. del inglés de Flora Setaro
Troquel, Bs.As., 252 págs.

Varios
Pueblo Oprimido - Señor de la Historia
Presentación de Hugo Assmann
Biblioteca: Iglesia y Sociedad
Tierra Nueva, Montevideo, 270 págs.

SOCIOLOGÍA

H. Jaguaribe
Sociedad, cambio y sistema político
Trad. del inglés de Floreal Mazía
Biblioteca de Economía Política
Sociedad, vol. 1 - serie mayor
Paidós, Bs.As., \$ 47,50

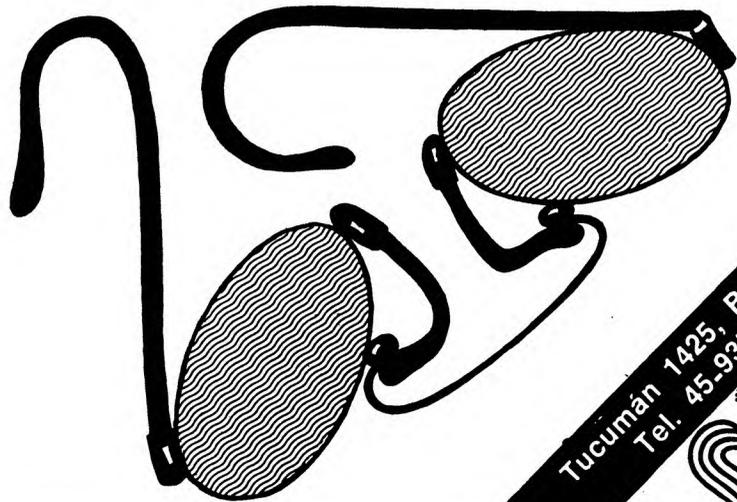
J.F. Marsal (Comp.)
A.M.F. de Babini, F.J. Delich, G. Garmari, G. Merx y J.E.C. Miquens
Argentina conflictiva - Sesenta estudios sobre problemas sociales argentinos.
Biblioteca de Economía, Política y Sociedad, vol. 7 - serie mayor
Paidós, Bs.As., 190 págs.
\$ 29,00

J.L. Moreno
Fundamentos de la Sociometría. 2º ed.

Trad. del francés de J. García Bouza y Saúl Karsz
Biblioteca de Psicología y sociología aplicadas, vol. 12 - serie fundamental
Paidós, Bs.As., 443 págs.
\$ 82,00

Alfred Schütz
Fenomenología del mundo social
Trad. del alemán de Eduardo Prieto
Introducción de George Walsh
Biblioteca de Psicología social y sociología, vol. 56 - serie mayor
Paidós, Bs.As., 277 págs.
\$ 47,90

Librería Galerna



Tucumán 1425, Bs. As.
Tel. 45-9359

